Omraam Mikhaël Aïvanhov

La verdadera enseñanza de Cristo

Colección Izvor

EDICIONES PROSVETA

La verdadera enseñanza de Cristo

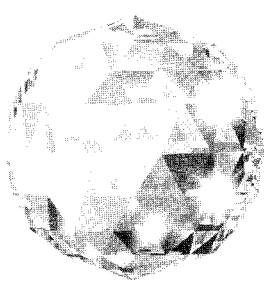
Traducción del francés
título original: LE VERITABLE ENSEIGNEMENT
DU CHRIST

© Copyright 1995 reservado a Editions Prosveta, S.A. para todos los países. Prohibida cualquier reproducción, adaptación, representación o edición sin la autorización del autor y del editor. Tampoco está permitida la reproducción de copias individuales, audiovisuales o de cualquier otro tipo sin la debida autorización del autor y del editor (Ley del 11 de marzo 1957, revisada).
Editions Prosveta, S.A. - B.P. 12 - 83601 Fréjus Cedex (Francia)
ISBN 84-931708-9-5
Edición original: ISBN 2-85566-265-6
Dep. legal: 47.931-2001

Omraam Mikhaël Aïvanhov

La verdadera enseñanza de Cristo

1ª edición



Colección Izvor
Nº 215

EDICIONES PROSVETA

Del mismo autor:
Traducciones del francés

Colección Izvor

201 - Hacia una civilización solar
202 - El hombre a la conquista de su destino
203 - Una educación que comienza antes del nacimiento
204 - El yoga de la nutrición
205 - La energía sexual o el Dragón alado
206 - Una filosofía de lo Universal
207 - ¿Qué es un Maestro espiritual?
208 - El egregor de la paloma o el reino de la paz
209 - Navidad y Pascua en la tradición iniciática
210 - El árbol de la ciencia del bien y del mal
211 - La libertad, conquista del espíritu
212 - La luz, espíritu vivo
213 - Naturaleza humana y naturaleza divina
214 - La galvanoplastia espiritual y el futuro de la humanidad
215 - La verdadera enseñanza de Cristo
216 - Los secretos del libro de la naturaleza
217 - Nueva luz sobre los Evangelios
218 - El lenguaje de las figuras geométricas
219 - Centros y cuerpos sutiles
220 - El zodíaco, clave del hombre y del universo
221 - El trabajo alquímico o la búsqueda de la perfección
222 - La vida psíquica: elementos y estructuras
223 - Creación artística y creación espiritual
224 - Poderes del pensamiento
225 - Armonía y salud
226 - El libro de la Magia divina
227 - Reglas de oro para la vida cotidiana
228 - Mirada al más allá
229 - La vía del silencio
230 - La Ciudad celeste. (Comentarios del Apocalipsis)
231 - Las semillas de la felicidad
233 - Un futuro para la juventud
234 - La verdad, fruto de la sabiduría y del amor
235 - En espíritu y en verdad
236 - Del hombre a Dios
237 - La Balanza cósmica
238 - La fe que mueve montañas

El lector comprenderá mejor ciertos aspectos de los textos del Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov presentados en este volumen, si tiene en cuenta que se trata de una Enseñanza estrictamente oral.

I

«PADRE NUESTRO, QUE ESTÁS EN LOS CIELOS...»

Padre nuestro, que estás en los cielos,
Santificado sea tu nombre,
venga a nosotros tu reino,
hágase tu voluntad,
así en la tierra como en el cielo;
el pan nuestro de cada día,
dánosle hoy, perdónanos nuestras
deudas, así como nosotros perdonamos
a nuestros deudores.
No nos dejes caer en la tentación,
más líbranos del mal,
porque tuyo es el reino, el poder y la
gloria, por los siglos de los siglos.

¡Amén!

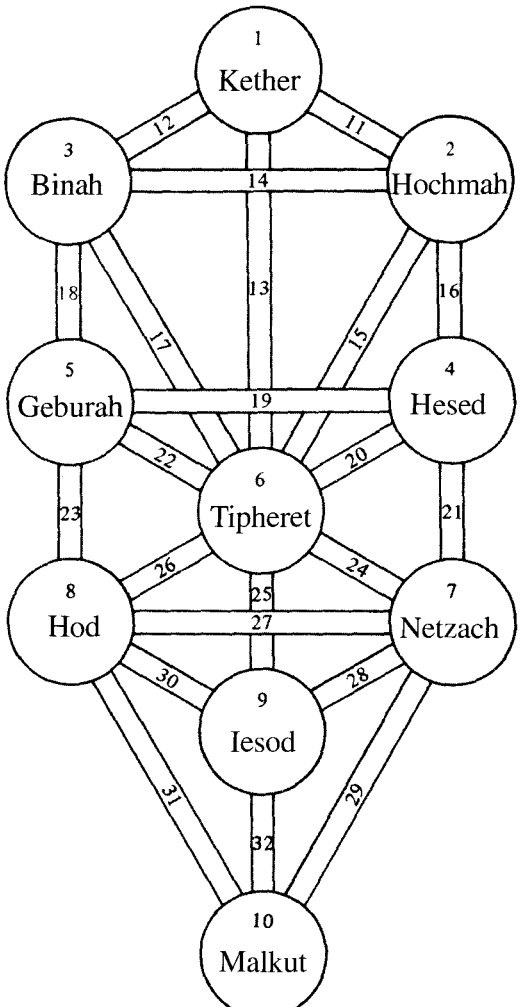
Jesús enseñó a sus discípulos una oración que todos los cristianos rezan desde entonces y que se llama el «Padre Nuestro» o, también, la oración dominical. Recogió en esta oración toda una ciencia muy antigua que ya existía mucho antes de que él la hubiese recibido de la tradición; pero la resumió y condensó tanto, que es difícil captar toda su profundidad.

Un Iniciado procede como la naturaleza. Observad cómo la naturaleza ha conseguido, de forma magnífica y magistral, reducir un árbol, con sus raíces, su tronco, sus ramas, sus hojas, sus flores y sus frutos, en un pequeño hueso, en una pequeña semilla, en una simiente. Toda esta maravilla que es el árbol, con su posibilidad de producir frutos, de vivir durante mucho tiempo y de resistir las inclemencias del tiempo, está escondido en una pequeña semilla que se planta en la tierra. Pues bien, Jesús hizo lo mismo: quiso resumir toda la ciencia que poseía en el «*Padre Nuestro*», con la esperanza de

que los hombres que lo rezasen y lo meditasen plantarían esta semilla en su alma, la regarían, la protegerían y la cultivarían, a fin de descubrir este árbol inmenso de la Ciencia iniciática que Él nos dejó.

Todos los cristianos: católicos, protestantes, ortodoxos, rezan esta oración, pero sin haber comprendido del todo su sentido. Algunos, incluso, consideran que no es una oración muy rica ni muy elocuente, y que ellos, en cambio, han creado otras impresionantes, sí, poéticas, completas... ¡interminables!, con las que se sienten muy satisfechos. Pero, ¿qué contienen realmente esas oraciones? Poca cosa. Tratemos pues de ver cuál es el significado de esta oración, aunque éste sea tan inmenso que no se puede explicar del todo.

«*Padre nuestro, que estás en los cielos.*» Existe un Creador, Dueño del Cielo y de la tierra y de todo el universo. Y puesto que se dice que está en «*los cielos*», es señal de que en el espacio existen varias regiones. La tradición judaica les ha dado un nombre: Kether, Hochmah, Binah, Hesed, Geburah, Tipheret, Netzach, Hod, Iesod y Malkut. Estas regiones están pobladas por multitud de criaturas: son todas las jerarquías angelicales, desde los Ángeles hasta los Serafines. En esos cielos (la Cábala los llama los 10 sefirots) reside este Dios que Moisés y los profetas del Antiguo Testamento describieron como un fuego devorador, un déspota



Árbol sefirótico

terrible a quien no se podía amar, y ante el que, incluso, había que temblar, porque «el temor del Señor es el principio de la sabiduría». Después llegó Jesús, y nos presentó a Dios como nuestro Padre.

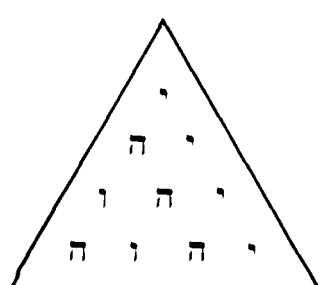
Jesús vino para reemplazar el temor por el amor. En lugar de tener miedo de ese Dios terrible, el hombre puede amarle, puede acurrucarse junto a El como si fuera su padre. Lo nuevo que Jesús trajo es este amor, esta ternura para con el Señor, como para con un padre de quien todos los seres humanos son hijos e hijas. «*Padre nuestro, que estás en los cielos...*» y si El está en los cielos, ello significa que nosotros también podemos estar; porque allí donde está el padre, un día también estará el hijo. En estas palabras está escondida la esperanza: la esperanza de un gran futuro. Dios nos ha creado a su imagen. El es nuestro Padre, y nosotros somos sus herederos; nos dará reinos, nos dará planetas para organizar, nos lo dará todo.*

«*Santificado sea tu nombre.*» Dios tiene, pues, un nombre que debemos conocer para poder santificarlo. Los cristianos nunca dan un nombre a Dios; le llaman Dios, sin más. Pero Jesús, que era el heredero de una larga tradición, sabía que Dios tiene

* Los capítulos II: «Mi Padre y yo somos uno», y III: «Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto», desarrollan y estudian todas las consecuencias de esta idea del hombre hijo de Dios.

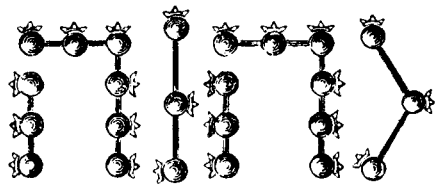
un nombre misterioso, desconocido. Cuando, una vez al año el Gran Sacerdote pronunciaba este Nombre en el santuario del Templo de Jerusalén, su voz debía ser encubierta por el ruido de toda clase de instrumentos: flautas, trompetas, tambores y címbalos, a fin de que el pueblo reunido ante el templo no la oyese. De este nombre, que encontramos escrito en el Antiguo Testamento como Yahvé, o Jehová, sabemos solamente que está formado por cuatro letras: Iod, He, Vau, He: י ה ו ה.*

La tradición cabalística nos dice que el Nombre de Dios está compuesto en sí mismo por 72 nombres o potencias. Para que lo comprendáis mejor, añadiré unas palabras más sobre la forma en la que la Cábala lo presenta. Cada una de las letras del alfabeto hebraico tiene un número y, puesto que י = 10, ה = 5, ו = 6, y ה = 5, la suma de las cuatro letras da 26. Cuando los cabalistas inscriben el nombre de Dios en un triángulo, lo presentan así:



* Acordaos de que en hebreo se lee de derecha a izquierda.

o bien, de esta otra manera:



El nombre así escrito posee 24 nudos, que representan a los 24 Ancianos de los que habla el Apocalipsis. De cada nudo parten 3 florones, lo que da también 72.

Por tanto, ¿qué significa «*santificar el Nombre de Dios*»? No os extrañéis si, para aclarar este concepto, empiezo por recurrir a los cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego, con los cuales fue creado el mundo. Nuestro cuerpo, nuestro corazón, nuestro intelecto, nuestra alma y nuestro espíritu están relacionados con las fuerzas y las cualidades de los cuatro elementos. Cada uno de estos elementos está presidido por un Angel. Por eso, cuando un Iniciado quiere purificarse, pide al Angel de la tierra que absorba todas las impurezas de su cuerpo físico, al Angel del agua que lave su corazón, al Angel del aire que purifique su intelecto, y al Angel del fuego que santifique su alma y su espíritu. La santificación, pues, está relacionada con el mundo más elevado del alma y del espíritu, que es el mundo del fuego, de la luz.

La santidad viene acompañada siempre con la idea de la luz. Esto es, por otra parte, lo que nos muestra la lengua búlgara. En búlgaro, santo se traduce por *svetia,* y esta palabra tiene la misma raíz que *svetlina,* la luz. El santo *(svetia)* es un ser que posee la luz *(svetlina):* en él todo está encendido, todo brilla, todo resplandece. Además, ¿no se representa siempre a los santos con la cabeza aureolada de luz? La santidad es una cualidad de la luz, de la pura luz que brilla en el espíritu.

Sólo lo que es puro puede purificar; sólo lo que es santo puede santificar. Por tanto, únicamente la luz puede santificar, porque es, en sí misma, santidad. Debemos santificar el nombre de Dios con la luz mayor de nuestro espíritu. Ese nombre representa, resume, y contiene la entidad que lo conlleva; todo aquel que pronuncie el nombre de Dios impregnándose de la santidad de su luz, es capaz de atraerlo, de hacerlo descender sobre cada cosa, de santificar todos los objetos, todas las criaturas, todas las existencias. No debemos contentarnos con ir a las iglesias o a los templos y rezar: *«¡Santificado sea tu nombre!»,* sino que debemos santificarlo realmente en nosotros mismos, para vivir con la extraordinaria alegría de poder, al fin, iluminar todo lo que toquemos, todo lo que comamos, todo lo que miremos.

Sí, la mayor alegría que existe en el mundo es la de alcanzar la comprensión de esta práctica coti-

diana y bendecir, iluminar y santificar por todas partes donde vayamos, así llevaremos a cabo la prescripción que Cristo nos dio. Pero repetir « *Santificado sea tu nombre*» sin hacer nada para santificarlo, incluso en nuestros propios actos, demuestra que no hemos comprendido nada. Al pronunciar el nombre de Dios, al escribirlo, el hombre ya contacta con las fuerzas divinas, y puede hacerlas descender hasta el plano físico. Mas esta labor debe comenzar en él. « Santificado sea tu nombre » concierne al espíritu, al pensamiento.

« *Venga a nosotros tu reino...* » Eso significa que existe un reino de Dios, con sus leyes, su organización, su armonía... ¡Ni siquiera nos lo podemos imaginar! Aunque algunas veces, en los momentos más espirituales de nuestra vida, y únicamente cuando vivimos estos estados maravillosos comenzamos a comprender qué es el Reino de Dios y tenemos una fugaz visión del mismo. ¡Si tuviéramos que imaginárnoslo viendo tan sólo los reinos terrestres, con sus desórdenes, sus peleas y sus locuras!.. Y sin embargo, el Reino de Dios puede instalarse en la tierra, ya que existe toda una enseñanza y unos métodos para hacerlo venir. Pero no basta con pedirlo. Desde hace dos mil años la humanidad lo pide y no viene, porque no hacemos nada para que venga.

Con esta segunda petición: « *Venga a nosotros tu reino* », descendemos al mundo del corazón. El

nombre de Dios debe ser santificado en nuestra inteligencia, pero es en nuestro corazón donde su Reino debe venir a instalarse. Este reino no es un lugar, sino un estado interno en el que se refleja todo lo que es bueno, generoso y desinteresado. Refiriéndose a este reino, hace dos mil años Jesús decía: *«Está cerca»,* y ello era verdad para algunos; pero aún no ha venido para la mayoría, y no vendrá, ni siquiera dentro de veinte mil años, si las personas se contentan con esperar exteriormente su llegada sin hacer nada dentro de sí mismas. En realidad, este Reino ya ha venido para algunos, viene para otros y, para otros más, vendrá... ¡no se sabe cuándo!*

Llegamos ahora a la tercera petición, que es la menos comprendida y, sin embargo, la más importante. En ella se encuentra condensada toda la Ciencia iniciática: *«Hágase tu voluntad así en la tierra como en el Cielo»*. En el Cielo la voluntad de Dios siempre se cumple sin réplicas, las criaturas de arriba obran de acuerdo y en armonía total con ella. Con los humanos no sucede lo mismo. Por eso Jesús formuló esta petición, para que nos esforcemos en armonizar nuestra voluntad con la voluntad del Cielo. Para expresar esta idea, podemos utilizar todo tipo de símiles: por ejemplo, el espejo que refleja un objeto o, incluso, cualquier aparato mecánico de

* Ved el Capítulo IV: «Buscad el Reino de Dios y su Justicia».

los que nos servimos a diario. Cada aparato está constituido por un principio emisor y un principio receptor que debe sintonizarse, ajustarse, adaptarse al principio emisor. En el caso de que hablamos, el emisor es el Cielo y el receptor la tierra, es decir, el plano físico, que debe sincronizarse con las corrientes del Cielo, modelarse de acuerdo con las formas del Cielo, con las virtudes y las cualidades del Cielo, para, a su vez, poder reflejar todo el esplendor de arriba.

Los humanos tienen la misión de trabajar en la tierra para transformarla en un jardín lleno de flores y de frutos donde Dios vendrá a habitar; en cambio, ¿qué hacen? Algunos dirán: «A mí, la tierra, ¿sabes?, ya no me interesa...» Pues bien, ¡es porque no han comprendido la Enseñanza de Cristo! Sin embargo, todo está muy claro; fijaos, El dice: «*Hágase tu voluntad, así en la tierra como ya se hace en el Cielo*». En el Cielo, ya todo es perfecto; es aquí abajo donde no hay nada maravilloso. Hay que descender, pues, y descender consciente, audazmente a la materia para dominarla, vivificarla, espiritualizarla, porque la vida del Espíritu debe materializarse en la tierra con la misma perfección que arriba.

Nos corresponde a nosotros, a los obreros de Cristo, consagrarnos a esta tarea. No basta con rezar la oración, si luego impedimos, con la vida que llevamos, la realización de lo que solicitamos. A

menudo, la gente hace como que te abre la puerta y dice: «¡Entra, entra!» y os la cierra en las narices. ¿Es eso rezar? «mmmmmm...» murmuran y después cierran la puerta. ¡Es formidable hasta qué punto se puede ser inconsciente! ¡Y después presumirán de que son cristianos!

«Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.» En esta frase yo veo inscrita toda la magia teúrgica. Si el discípulo comprende la gran importancia de esta petición de Jesús, si consigue asimilarla, se convertirá, un día, en un transmisor, en un espejo del Cielo. El mismo será un Cielo. Esto está escrito, y es lo que se espera de nosotros.

La primera petición, *«Santificado sea tu nombre»,* concierne a nuestro pensamiento. Para santificar el nombre de Dios hay que estudiar, meditar, iluminar nuestra conciencia. La segunda, *«Venga a nosotros tu reino»,* concierne a nuestro corazón, porque el Reino de Dios sólo puede llegar a los corazones llenos de amor. La tercera petición concierne a nuestra voluntad: *«Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo»,* y presupone trabajo, saber resistirnos, victorias... para lograr todo ello se requiere fuerza y tenacidad. Por eso hay que ejercitarse y tener métodos de trabajo que nos ayuden a sentirnos en armonía con el Cielo, a vibrar acorde con él. ¿Por qué creéis que asistimos por la mañana a la salida del sol? Para volvernos semejantes a él, para que la tierra, nuestro

cuerpo físico, adquiera las cualidades del sol. Mirando al sol, amándole, vibrando al unísono con él, ¡el hombre se vuelve luminoso, cálido, vivificante como el mismo sol! He aquí, pues, un método para alcanzar el precepto: «*Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*», pero hay muchos otros.

Para el hombre, nada es más importante que esforzarse en cumplir la voluntad de Dios. Porque se trata de un acto mágico. En cuanto os decidís a cumplir la voluntad de Dios, vuestro ser se ve ya ocupado, reservado, cerrado a todas las demás influencias y, entonces, las voluntades contrarias que quieren utilizaros no pueden hacerlo; así es como preserváis vuestra pureza, vuestra fuerza, vuestra libertad. Si no os invade el Señor, podéis estar seguros que serán otros los que os invadirán, y entonces estaréis al servicio de voluntades tan interesadas y anárquicas que causarán vuestra ruina.

«*Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo...*» Todas estas peticiones tienen un significado oculto que sólo puede descubrir quien posee una profunda comprensión de las cosas. Cuando los arqueólogos examinan manuscritos, objetos o monumentos muy antiguos, tratan (según los textos, las figuras, o el emplazamiento de las construcciones), de descifrar la mentalidad del pueblo y de la época a la que éste

perteneció; y gracias a estos indicios, penetran en su modo de vivir y adivinan lo que quisieron decirnos. Asimismo, nosotros también podemos considerar esta oración que Jesús nos ha dejado, como una especie de monumento, como un testimonio sobre el que hay que investigar; así encontraremos, escondida en él, toda una Enseñanza.

Estas tres primeras peticiones del *«Padre nuestro»* corresponden a los tres principios que hay en el hombre. En primer lugar al pensamiento, que debe ser luminoso para iluminarlo todo y santificarlo todo. Después, al sentimiento, al corazón, que es el centro de todas las energías, y en donde debemos instalar el Reino de Dios, es decir, el Reino de la paz y de la bondad para con todas las criaturas. Finalmente al mundo de la voluntad, es decir, al plano físico, en el que debemos mostrar con nuestros actos, todo cuanto hay en el Cielo. ¡Es maravilloso..! Para mí, ningún trabajo es comparable a éste. Cuando hayamos cumplido esta labor, Dios cuidará de nosotros y de lo que debe darnos. Sin embargo, ¿qué más podría darnos, si ya nos lo ha dado todo? Cuando tengáis conciencia de lo que contienen estas tres peticiones, todo será vuestro: la luz, puesto que lo comprenderéis todo; la felicidad, puesto que podréis amar; y la salud y la fuerza, puesto que trabajaréis y crearéis. Por tanto, ¿qué más queréis?*

* Ved el Capítulo V: «Así en la tierra como en el cielo».

«El pan nuestro de cada día, dánosle hoy.» Aquí empiezan las peticiones que conciernen al hombre mismo. Las tres primeras conciernen al Señor (porque siempre hay que empezar por el Señor): conocer y santificar su nombre, desear alcanzar su Reino y cumplir su Voluntad; y ahora el hombre pide algo para sí mismo. En primer lugar pide el pan. ¿Por qué el pan? Porque es el símbolo del alimento indispensable para su subsistencia.

Pero el pan del que habla Jesús no es sólo el pan físico; en los Evangelios Jesús alude, a menudo, a la nutrición más en un sentido espiritual que en un sentido físico. Por ejemplo, cuando responde al Diablo, quien le pide que cambie las piedras en panes: *«No sólo de pan se alimenta el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.»* O bien, cuando dice: *«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.»* Cierto que multiplicó cinco panes y dos peces para alimentar a toda una multitud, pero luego, a esta misma multitud, les dijo: *«Trabajad, no para el alimento que perece, sino para el que subsiste, para la vida eterna».* Podréis ver más claro este significado espiritual del alimento en la Santa Cena, cuando Jesús bendijo el pan y el vino y los dio a sus discípulos diciendo: *«Tomad y comed, éste es mi cuerpo... tomad y bebed, porque ésta es mi sangre... El que come mi carne y bebe mi sangre, alcanzará la vida eterna.»*

La primera petición que el hombre hace para sí

mismo concierne al pan de cada día, sin el cual no podemos vivir; esto es aún más cierto en el plano espiritual: el hombre que no se alimenta espiritualmente todos los días, muere.*

«Perdónanos nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden.» La traducción más exacta del texto del Evangelio es: «perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.» Toda transgresión es comparable, en efecto, a una deshonestidad por la que debemos pagar. Por ejemplo, quien abusa de la confianza o del amor de un ser es como un ladrón que deberá retornar, de una u otra forma, aquello de lo que se ha apoderado ilegítimamente. La noción de karma se basa en esta verdad, volvemos a la tierra para pagar por las transgresiones cometidas en nuestras encarnaciones anteriores. Quien haya pagado todas sus deudas puede dejar de reencarnarse.

Pero aunque digamos: «Perdónanos nuestras ofensas», en lugar de «Perdónanos nuestras deudas», el punto esencial es la idea de perdón. Por primera vez en la historia de la humanidad surgió la imagen de un Dios misericordioso, de un Dios que perdona. El Dios del Antiguo Testamento que presentaba Moisés sólo hablaba de venganza y de

* Ved el Capítulo VI: «El que come mi carne y bebe mi sangre, alcanzará la vida eterna.»

exterminación: los culpables eran castigados sin piedad. Y aunque algunos dioses de otras religiones tenían un carácter menos vindicativo, nunca se había insistido tanto, como hizo Jesús, en la misericordia divina. Lógicamente, esta idea de un Dios que perdona se desprende de las dos primeras palabras de la oración: *«Padre nuestro...»,* Dios nos perdona porque un padre perdona siempre a sus hijos.

Pero es que además, Jesús precisa: «*Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.*» Desgraciadamente, como nosotros no perdonamos las deudas, ni tampoco las ofensas, asimismo el Señor no nos perdona las deudas ni las ofensas. Si queremos ser perdonados, primero debemos perdonar. Esta idea del perdón es fundamental en la religión cristiana.* Jesús nos trajo una enseñanza de amor, mientras que los demás fundadores de religiones habían insistido más en la justicia, la sabiduría, el saber o el poder. Podéis decirme: pero Buda trajo la compasión. Sí, pero ninguno lo hizo como Jesús, con esta amplitud, con esta claridad; en este terreno Jesús es verdaderamente excepcional. Y por eso fue crucificado.

Al frecuentar a la gente más sencilla e incluso a los criminales y a las mujeres públicas, Jesús alteró todas la reglas. Nunca se había visto nada pa-

* Ved los Capítulos VII: «Padre, perdónalos porque no saben lo que se hacen», y VII: «Si te golpean en una mejilla.»

recido: los que habían de ser lapidados comían con Jesús; y no sólo eso, sino que Él les visitaba y aceptaba que le invitasen. Por esa razón, los que velaban para que las jerarquías sociales fuesen respetadas, no pudieron aceptarlo; y cuando vieron que Jesús osaba revelar las verdades más sagradas a las gentes más sencillas, decidieron matarlo. Así, Jesús fue crucificado porque, al profesar la religión del amor, derribó las barreras que, algunos seres se esforzaban en mantener con mucho interés desde hacía siglos.

«No nos dejes caer en la tentación, más líbranos del mal...» Os va a sorprender, ciertamente, si os digo que no estoy seguro de que las palabras pronunciadas por Jesús fueran realmente: no nos dejes caer en la tentación. Más adelante os explicaré por qué.

De momento, contentémonos[1] en constatar que, a pesar de esta oración, somos constantemente tentados, y que incluso Jesús lo fue. Está escrito en el Evangelio de San Mateo: «*Entonces, Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para que allí fuera tentado por el Diablo.*» Estas tentaciones eran necesarias, puesto que fue el mismo Espíritu quién le llevó al desierto. Allí, el Diablo provocó a Jesús diciéndole: «*Si eres hijo de Dios, ordena que estas*

(1) Así se rezaba el Padre Nuestro en Francia, en la época en que hablaba el Maestro.

piedras se convertian en panes». Después, situándole en lo alto del templo añadió: «*Si eres hijo de Dios, déjate caer; porque está escrito: El dará órdenes a sus ángeles con respecto a ti; y ellos te tomarán en sus manos para que tu pié no tropiece con ninguna piedra*». Finalmente, después de haberle transportado a la cima de una montaña, le mostró todos los reinos de la tierra y le dijo: «*Todas estas cosas te daré si te postras y me adoras*».

Estas tres propuestas que el Diablo hizo a Jesús, tienen un significado determinado. Ya os expliqué que conciernen a los tres planos, físico, astral y mental. Pero lo más interesante son las respuestas dadas por Jesús.* Ellas nos revelan que, para no sucumbir a la tentación, hay que saber cómo responder, dónde encontrar los argumentos que hay que exponer al tentador. Cuando éste ve que el hombre se le opone con argumentos irrefutables, comprende que no podrá seducirle y se va.

Debéis saberlo: de vosotros depende aceptar o no cualquier influencia. Ni siquiera los espíritus infernales pueden forzaros. Evidentemente, si no tenéis discernimiento, si no tomáis precauciones, pueden influiros. Ellos saben que, para llevaros hasta el precipicio, deben tentaros con toda clase de trampas; y, si mordéis el anzuelo, caeréis en la red; y después, lentamente, paso a paso, os llevarán a

* Ved: «Las tres grandes tentaciones», Colección Obras Completas, Tomo 4. (Disponible en francés)

vuestra perdición. Dios les ha dado este poder; pero sólo será así si vosotros sois débiles, si sois ignorantes. Cuando os sentís atraídos hacia donde os quieren conducir, entonces ellos, que tienen grandes poderes, pueden reduciros a polvo, y sólo vosotros seréis culpables de que esto ocurra. Ellos son lo que son; tienen permiso para ser tentadores, éste es su trabajo; pero vosotros, ¿por qué sois tan estúpidos como para caer en sus trampas?

En efecto, si las fuerzas del mal llegan a destruir al hombre, es porque éste les da la posibilidad de hacerlo. Todo depende de él; si él no las deja entrar, no pueden hacer nada. Su poder de seducción es tan grande que logran hacerle creer que haciendo esto o aquello será más fuerte, más rico, más feliz. Si sucumbe, pueden apoderarse de él y destruirle. Pero si no cede, no pueden hacer nada contra él. Por eso, podemos decir que el hombre tiene los mismos poderes que el Señor, pero sólo cuando se trata de decir no, de rehusar, de oponerse a una influencia. Para imponer su voluntad, para obtener lo que se desea, las posibilidades humanas son muy limitadas y se necesita mucho tiempo y mucho trabajo. Pero para negarse, para decir no, ahí el hombre es todopoderoso. Ni siquiera el Infierno puede nada contra él. Si se deja influir es porque es ignorante, y no sabe en dónde radica su verdadero poder.

En ciertos países, como Turquía, se practica una forma de lucha muy original: los adversarios van

casi desnudos y su piel está enteramente untada de aceite. Les es, pues, muy difícil atraparse el uno al otro, ambos se escurren de las manos como anguilas. Pues bien, frente a los espíritus negativos hay que hacer lo mismo. Cuando decís no a estos espíritus, os «untáis de aceite», y no pueden cogeros. Pero si dejáis hilos sueltos, cuerdas a vuestro alrededor –simbólicamente hablando– los espíritus se agarran a ellas y ya no podéis escapar, sois atados y vencidos. No hay que dejar, pues, cabos sueltos, hay que tener el cuerpo liso, para que los indeseables no puedan cogeros; y ser lisos quiere decir: saber decir no.*

Cuando se presente una tentación, decíos: «Evidentemente, es atractivo, es apetitoso, pero no es para mí. Yo quiero llegar a ser un sabio, un hijo de Dios; no me dejaré arrastrar, venceré esta tentación, seré más fuerte.» No hay que considerar las tentaciones como inconvenientes, como obstáculos en vuestro camino, sino tomarlas, al contrario, como estimulantes, porque os sirven para fortaleceros. Un sabio, un Iniciado, no evita las tentaciones; incluso las crea adrede para aprender a dominarse. El que huye de las tentaciones, tarde o temprano acaba sucumbiendo a ellas. Huyendo no se resuelven los problemas.

Por eso os decía que no estoy seguro de que Jesús dijera verdaderamente «*No nos dejes caer en*

* Ved el Capítulo IX: «Velad y orad.»

la tentación», porque debemos ser tentados para conocer nuestras verdaderas posibilidades y con ello fortalecernos. La tentación es como un problema a resolver, como un examen que hay que pasar: mostráis de qué sois capaces. No hay que pedirle al Señor que nos evite las tentaciones, sino solamente que nos ayude para no sucumbir ante ellas. El mal existe, las fuerzas malas existen, y es inútil suplicar al Señor para que las aniquile. Él no lo hará. Está escrito en el Apocalipsis que sólo al final de los tiempos el Diablo será echado a un estanque de fuego y azufre. Hasta entonces, estaremos continuamente enfrentados al mal; más vale, pues, aprender la forma de tratarlo y saber cómo hay que actuar contra él.

Estudiemos ahora el último versículo: «*Porque Tuyo es el Reino, el Poder y la Gloria por los siglos de los siglos.*» Para comprender esta frase, hay que referirse de nuevo a estas regiones del espacio espiritual de las que os hablaba al empezar, regiones que Jesús llama «los cielos» y que corresponden a lo que la Cábala llama los sefirots. El conjunto de estos diez sefirots forma el Árbol sefirótico o Árbol de la Vida. El nombre de cada séfira expresa una cualidad, un atributo de Dios: Kether, la Corona; Hochmah, la sabiduría; Binah, la inteligencia; Hesed, la misericordia; Geburah, la fuerza; Tipheret, la belleza; Netzach, la victoria; Hod, la gloria; Iesod, el fundamento; Malkut, el reino. La

décima séfira, Malkut, el reino, refleja y condensa todos los demás sefirots. (Ver esquemas en las páginas 34 y 35.)

Jesús dijo: «*El Reino de Dios es semejante a un grano de mostaza.*» El grano representa siempre un principio, el principio de una planta, de un árbol, etc. Pero hay que comprender que si en el plano físico el principio está abajo, en el plano espiritual, donde los procesos se desarrollan al revés que en el plano físico, el principio está arriba. Por eso, mientras que en el plano físico el crecimiento se efectúa de abajo a arriba, en el plano espiritual se efectúa de arriba a abajo. Por tanto, el grano, la semilla plantada, es la primera séfira, Kether. Cuando el grano se desarrolla, primero se divide en dos, después se convierte en tallo, en ramas, hojas, brotes, flores y frutos; y el fruto, a su vez, contiene semillas. Kether, la semilla plantada, se convierte en un árbol, pasando sucesivamente por todos los demás sefirots hasta llegar a Malkut. El fruto maduro, el fruto que da la vida, la pulpa que se come, es Iesod, y contiene la semilla. Podéis ver, pues, que al final de su crecimiento, la semilla plantada se convierte en la semilla, en el fruto, y Malkut, la semilla de abajo, es idéntico a Kether, la semilla de arriba, porque el principio y el fin de las cosas siempre son idénticos. Cada punto de partida no es otra cosa que el final de una evolución anterior, y cada final, el punto de partida de

otra evolución. Todas las cosas tienen un principio y un fin, pero no existe un verdadero principio. Cada causa produce un efecto, y este efecto es la causa de un efecto nuevo.

En la frase: «*Porque Tuyo es el Reino, el Poder y la Gloria*», estos tres conceptos corresponden a los tres últimos sefirots: Malkut, Iesod y Hod.

El Reino es Malkut, el Reino de Dios, la realización; ahí es donde se encuentra nuestra tierra.

El Poder es Iesod, que significa «fundamento», «base», porque esta séfira preside la pureza, que es el verdadero fundamento de todas las cosas; la fuerza sexual está también ligada a Iesod, porque el verdadero poder está ahí, en la fuerza sexual. Ella es la que crea la vida y ella también es la que, en los planos superiores, aparece como el origen de las más grandes realizaciones. El planeta que le corresponde es la Luna.

La Gloria de Hod, la luz que brilla con el resplandor de todas las ciencias, de todos los conocimientos. El planeta que le corresponde es Mercurio.

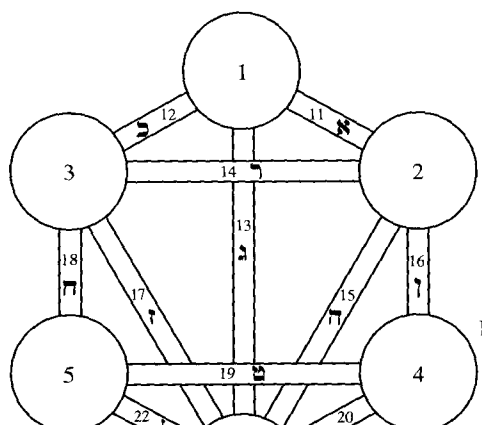
La última frase del Padre Nuestro significa pues: «Porque Tuyas son las tres regiones que están al final del crecimiento de Kether en Malkut, regiones que representan la realización.» El Reino, el Poder y la Gloria, forman un triángulo que repite el triángulo del principio: «*Santificado sea tu Nombre, venga a nosotros tu Reino, hágase tu Voluntad.*» El Nombre, el Reino y la Voluntad, son

ÁRBOL DE LA VIDA

1 Ehieh
Kether – *La Corona*
Metatron
Hayot Ha-Kodesch – *Los Serafines*
Reschit haGalgaim – *Los primeros torbellinos (Neptuno)*
♆

3 Jehovah
Binah - *La Inteligencia*
Tsaphkiel
Aralim - *los Tronos*
Chabtai - *Saturno*
♄

5 Elohim Gibor
Geburah - *la Fuerza*
Kamael
Seraphim - *las Potestades*
Maadin - *Marte*
♂

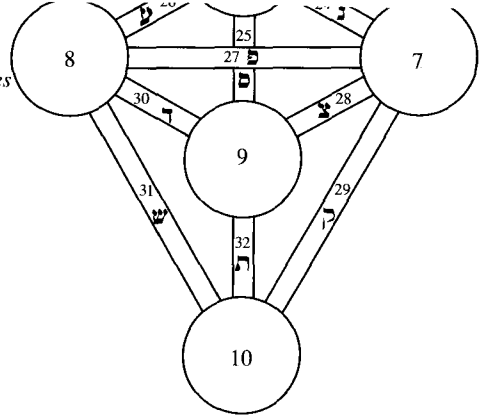


2 Iah
Hochmah - *la Sabiduría*
Raziel
Ophanim - *los Querubines*
Mazaloth - *el Zodiaco (Urano)*
♅

4 El
Hesed - *La Gracia*
Tsadkiel
Hachmalim - *las Dominaciones*
Tsedek - *Júpiter*
♃

8 Elohim Tsebaot
Hod - *la Gloria*
Raphaël
Bnei-Elohim - *los Arcángeles*
Kohav - *Mercurio*
☿

9 Chadai-El-Hai
Iesod - *el Fundamento*
Gabriel
Kerubim - *los Ángeles*
Levana - *la Luna*
☽



Netzach - *la Victoria*
Haniel
Elohim - *los Principiopados*
Noga - *Venus*
♀

6 Eloha vaDaath
Tipheret - *la Belleza*
Mikhaïl
Maadim - *las Virtudes*
Chemesch - *el Sol*
☉

10 Adonai-Meled
Malkut - *el Reino*
Sandalfon
Ischim - *los Hombres*
Olam Iesodoth - *Tierra*
♁

los serfirots Kether, Hochmah y Binah. Así pues, al triángulo superior, Kether, Hochmah y Binah, que representa la creación en el mundo invisible, espiritual, corresponde el triángulo inferior, Malkut, Iesod y Hod, que representa la concreción, la formación, la realización en el plano físico... «*Por los siglos de los siglos...*», fórmula que corresponde a la séfira Netzach, cuyo nombre significa «eternidad».

Diréis: «Pero, ¿cómo situar ahora los demás sefirots: Tipheret, Geburah y Hesed?» Podríais descubrirlo vosotros mismo estableciendo las correspondencias de acuerdo con los métodos y las explicaciones que ya os he dado. Pero volvamos de nuevo a los versículos, siguiéndolos por orden, a partir del cuarto: «*Nuestro pan de cada día dánosle hoy.*» El verdadero pan de cada día, fuente inagotable de vida, es la luz de Tipheret, séfira donde reina el Sol, porque el hombre recibe del sol su alimento físico y espiritual.*

«*Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.*» Esta petición corresponde a la séfira Hesed con la cual conectamos al pronunciar esta frase. A Hesed le corresponde el planeta Júpiter, símbolo de la indulgencia, de la generosidad. Para perdonar, hay que

* Ver el Capítulo VI: «El que come mi carne y bebe mi sangre alcanzará la vida eterna.»

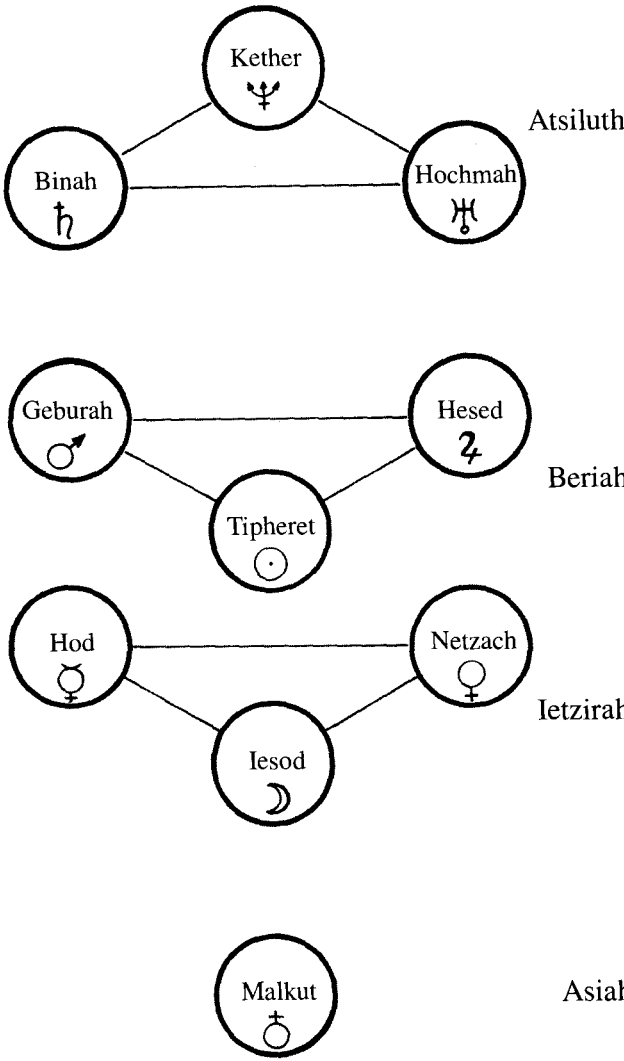
disponer de esta confianza superior que Júpiter atesora, con objeto de que nadie pueda despojarnos de las riquezas que Dios ha preparado para nosotros.

«No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal.» Este versículo representa a la séfira Geburah, a la que corresponde el planeta Marte. Los ángeles de Geburah son los que expulsaron a Adán y Eva del Paraíso después de haber sido tentados por la serpiente, porque estos ángeles son servidores de Dios que combaten el mal y las impurezas. Entrando en contacto con Geburah, el hombre se fortalece y aprende a resistir el mal.

El esquema siguiente os mostrará cómo se pueden agrupar en triángulos estos sefirots.

El triángulo superior, formado por Kether, Hochmah y Binah, corresponde al mundo sublime de las emanaciones que la Cábala llama Atsiluth. Más abajo, el triángulo invertido, formado por Tipheret, Hesed y Geburah, corresponde al mundo de la creación: Beriah. Más abajo todavía, el triángulo Iesod, Hod, Netzach, corresponde al mundo de la formación, Letzirah y, finalmente, Malkut quién ya os he dicho que agrupa todos los demás sefirtos, corresponde al mundo de la realización: Asiah.

Malkut es el Reino, Iesod el poder, Hod la Gloria y Netzach la Eternidad. Así, cuando pronunciamos la frase: «*Porque tuyo es el Reino, el Poder*



Árbol sefirótico

y la Gloria, por los siglos de los siglos», entramos en contacto con los cuatro últimos sefirots del Arbol de la Vida.

¿Empezáis a daros cuenta de la inmensidad de esta oración que Jesús nos dio, tan breve y, en apariencia, tan sencilla? El universo entero está contenido en ella. ¡Cuántos horizontes se abren ante vosotros..! Pero lo que os he dicho es aún muy poco; reflexionad, meditad en estas palabras... y descubriréis maravillas.

Que la luz y la paz estén con vosotros.

II

«MI PADRE Y YO SOMOS UNO»

Cuando consideramos la historia de las religiones, nos damos cuenta de que Moisés aportó una idea verdaderamente revolucionaria al presentar a Yahvé como un Dios único. Pero este Dios era terrible, era el Amo del universo, un Amo implacable, intransigente, un fuego devorador; ante El, los humanos no eran más que criaturas temerosas y temblorosas, obligadas a asumir sus mandamientos, si no querían ser aniquilados. Después vino Jesús y presentó al Señor como un Padre de quien somos hijos; la distancia que nos separaba de El disminuyó: estábamos unidos a El por lazos familiares, todo había cambiado. En realidad, ¿dónde estaba el cambio? Sencillamente, en nuestras cabezas, en nuestros corazones, en nuestro interior: nos sentíamos más cercanos a Dios.

Pero cabe ir aún más lejos. Mientras situéis al Señor en algún lugar del universo que se llama Cielo, con sus ángeles y sus arcángeles, tendréis una idea objetiva de El; aunque El sea vuestro Padre y

vosotros sus hijos, El seguirá encontrándose en vuestro exterior. Es posible que Dios exista fuera del hombre; pero cuando el hombre lo concibe como algo muy lejano, siente sus propias limitaciones, percibe los obstáculos que le separan del Señor: demasiados mundos, demasiadas estrellas, espacios infinitos... Así, es imposible unirse a El.

Si consideramos al Señor externo a nosotros, ello significa que también nosotros somos externos a El y que deberemos sufrir la misma suerte que cualquier objeto. ¿A qué objetos me refiero? Tomad, por ejemplo, a un labrador, un artesano o un obrero: utilizan objetos que son, evidentemente, distintos a ellos mismos; los utilizan durante un momento y, después, una vez terminado el trabajo, los dejan a un lado; y, al día siguiente, o más tarde... los vuelven a coger. Así también, mientras nosotros creamos que existimos fuera de Dios, debemos aceptar que Dios nos coja, y después nos deje a un lado como si fuésemos objetos. Ved lo que hace el alfarero con sus cacharros, o el ama de casa con las cacerolas de su cocina: si las cacerolas tuvieran conciencia, ¿qué dirían? Gemirían: «¡Hace tanto tiempo que nuestra ama nos ha abandonado! Cuando nos utilizaba, por lo menos éramos calentadas, la cuchara nos rascaba y ello producía un ruido agradable y nos alegrábamos; pero ahora todo se acabó, nos ha olvidado: ¡qué maldad! ¡qué crueldad!»

¡Qué esperáis pues! Si frente al Señor os comportáis como objetos, es normal que de vez en cuando se olvide de vosotros. No se lo podéis reprochar. ¿Osaría, acaso, una cacerola de vuestra cocina, reprocharos que la habéis abandonado? Sois los dueños de vuestra casa, hacéis lo que queréis y ello es normal. Entonces, ¿por qué os rebeláis contra el Señor cuando os sentís abandonados? No es lógico, no es justo... Cuando seáis algo dentro de El, en su cabeza, en sus miembros, entonces estaréis siempre con El; si no, debéis aceptar que, de vez en cuando, os deje de lado.

Pronto, creedme, se producirán cambios en la filosofía y en las concepciones religiosas de los humanos. De momento, ellos ven como normal, natural, marcar distancias que los separan de Dios; todo el mundo está convencido de que debe ser así. Pues bien, entonces, ¿por qué gritan cuando sufren las consecuencias de este distanciamiento?

Ya os he dicho que en el futuro habrá un tercer Testamento que vendrá a completar los dos precedentes; y esta verdad será subrayada, recalcada, presentada como lo esencial: que el hombre todavía debe aprender a acercarse más a Dios, a sentirlo dentro de sí mismo. Entonces ya no se sentirá abandonado.

En realidad, si nos sentimos abandonados por el Señor, es porque nosotros también lo hemos abandonado a El. ¿Acaso estamos siempre con El?

Habéis hecho la primera comunión, de acuerdo, y durante unos minutos le habéis rezado al Señor, pero, desde este día hasta los cincuenta o sesenta años ¿habéis pensado de nuevo en El? No. Entonces, ¿por qué tendría El que pensar continuamente en vosotros? ¿Qué somos nosotros, qué representamos para que El esté obligado a ocuparse continuamente de nosotros?

Evidentemente, el Señor piensa siempre en nosotros, ¡pero de una manera muy diferente de lo que nos imaginamos! Cuando nace un niño, la Inteligencia cósmica le otorga todo lo necesario para vivir en la tierra; no le falta nada: brazos, piernas, órganos, todo está ahí. Lo envían a la tierra completamente avituallado, como se hace con un soldado: le dan un fusil, unas botas, un casco y municiones, y después él tiene que arreglárselas con todo esto. A nosotros, el Señor también nos ha dado todo lo que necesitamos: vida, salud, fuerza e inteligencia, así como todo cuanto precisamos para mantener estos dones; es culpa nuestra si no sabemos utilizarlo.

Algunos dirán que consideran más respetuoso abrir una gran distancia entre el Señor y ellos, tal como les han enseñado. La verdad tiene miles y miles de matices, y ahora ha llegado el momento de ir más lejos. Hay que pensar que el Señor está ahí, en nosotros y, al mismo tiempo, considerar que somos una parte suya, una parcela infinitesimal; que

El lo es Todo, y que nosotros somos una partícula de este Todo. Si rezáis al Señor pensando que está en algún lugar más allá de las estrellas, ¿cómo queréis que vuestra oración llegue hasta El? Es cierto que un día dije que la oración recorría el universo entero, ¡pero necesita tanto tiempo para cruzar el espacio infinito! Pero si el Señor está ahí, muy cerca, en vosotros, no tenéis más que decir: «¡Oye, oye, Señor!» e inmediatamente lo tendréis a vuestro lado. ¿Pensáis que esto no es respetuoso? Bien, por supuesto, ésta es una forma de hablar.

De ahora en adelante, cuando meditéis, procurad ejercitaros en la acción de sentir al Señor dentro de vosotros, y descubriréis los resultados: cada vez sentiréis menos esa impresión de abandono. Ahora, a veces sentís gozo, inspiración, éxtasis, y sois felices durante unos días; y otras veces os sentís invadidos por una sequía espiritual terrible, como en un desierto árido; es entonces cuando decís: «Sí, Dios me ha abandonado».

Os lo explicaré mejor con un símil: hace buen tiempo, el sol brilla, pero de repente las nubes empiezan a nublar el cielo, y estáis a su merced. Os gustaría seguir recibiendo el calor y la luz del sol, pero ello es imposible. ¿Qué hacer? Vais a esperar y, mientras esperáis, decís: «El sol me ha abandonado». No es así; lo que sucede es que estáis demasiado lejos de él, estáis debajo de las nubes. Suponed ahora que subís a un avión o a un globo y

que os alzáis por encima de las nubes: ya nada puede interponerse entre el sol y vosotros. Está ahí, brilla sin cesar, no os ha abandonado. Cuando os sentís abandonados es debido, simplemente, a que os habéis quedado demasiado abajo, sin pasar de las nubes. Mientras que aquél que se siente siempre gozoso, inspirado, demuestra que ha sabido dejar atrás las regiones nebulosas: para él el sol brilla sin cesar, puede contemplar su luz, sentir su calor... He ahí una explicación muy sencilla.

Puesto que la sensación de haber sido abandonado o no depende de nosotros, ¿por qué no cambiar nuestra manera de ver las cosas? ¿Por qué permanecer en una región tan baja, donde cada día, a cada minuto, una pantalla intercepta la luz y nos impide recibir la alegría y las revelaciones del sol? ¿Por qué quedarse tan abajo?

Esta es, precisamente, la razón de ser de la Iniciación: ¡Nos enseña a subir muy arriba, por encima de las nubes, allí donde ya no dependemos de nada ni de nadie, donde somos invulnerables, inatacables, invencibles, inmortales! Sí, hay que subir más alto, siempre más alto. Hay que prescindir de los conceptos que tenemos del Señor, acercarse a El, acercarse tanto que lleguemos a situarle dentro de nosotros, hacer que esté tan próximo, tan interior, que nos sintamos continuamente bañados por su presencia...

No es fácil concebir al Señor como algo insepa-

rable de nosotros. Pero existen ejercicios que nos permiten conseguirlo. El discípulo de una Enseñanza Iniciática sabe que debe aprender a arrancar su conciencia del círculo limitado de su naturaleza inferior para poder fundirse en la conciencia ilimitada del Ser cósmico que vive dentro de él, y del que no tiene un claro conocimiento. Este Ser, esta parte de la Divinidad, está en él, y el discípulo debe unirse a ella.

Debéis comprender que hay dos polos: la conciencia que tenéis de vosotros mismos, es decir, vuestro yo inferior y, además, vuestro Yo sublime del que todavía no tenéis conciencia. Está ahí, vive en vosotros y trabaja: todavía no sabéis cómo actúa pero desde aquí, desde abajo, podéis imaginar a este Ser sublime que habita en vosotros, que trata de manifestarse a través vuestro, a través de vuestra materia densa. El existe en lo más alto, pero quiere manifestarse a través de la materia opaca. Gracias al esfuerzo que hagáis para imaginaros este acercamiento a vuestro Yo superior, un día se producirá tal iluminación que vuestra conciencia ya no tendrá límites. Estaréis en la luz, resplandecientes, y os sentiréis uno solo con este Ser sublime: vuestro Yo superior.

Se trata, por supuesto, de un ejercicio difícil, pero también es uno de los más poderosos y eficaces. Si os acostumbráis a realizarlo de vez en cuando, obtendréis grandes resultados. Y entonces,

hagáis lo que hagáis, esta supraconciencia estará ahí para participar en todas vuestras actividades: sí, porque habréis establecido la conexión. Mientras permanezcáis externos a Dios, os priváis de sus riquezas. El no puede dároslas: vosotros y El sois, en este caso, como dos mundos que no pueden comunicarse entre sí porque no vibran al unísono. Pero si lográis sincronizaros con ese otro mundo, ya no habrá separación, os sentiréis un ser distinto y será el mismo Dios quien venga a manifestarse en vosotros. Es el mismo significado que tienen las palabras de Jesús: «*Mi Padre y yo somos uno*».

Es evidente que llegar a esa cima no le será posible a todo el mundo. El que podamos o no llegar a ella en esta existencia está determinado por las leyes del destino. Sin embargo, al esforzaros para lograrlo, ya es posible liberarse de algunas limitaciones. Los humanos no saben utilizar los medios que Dios ha puesto a su disposición. Dios nos ha dado la posibilidad de llegar a ser como El. Todos los seres tienen esta posibilidad, pero, debido a cómo son, por el momento, no pueden utilizarla. No la conocen, no la sienten; una gran mayoría permanece siempre muy abajo. Sin embargo, nadie está totalmente atado; incluso las criaturas más limitadas disponen de los medios para superarse; si aceptasen dirigir su mirada y su pensamiento hacia estas regiones en donde habita el Señor, se darían cuenta de sus posibilidades. A pesar de ello, ¿cuántos

tratarán de cambiar alguna cosa en sí mismos..? Evidentemente, como siempre he dicho, cambiar o no cambiar dependerá siempre de lo que sea más importante para ellos. Si lo que más les importa es el dinero y los placeres, y si no reservan ningún pensamiento para la espiritualidad, ¿qué progresos pueden conseguir? En cambio, si encontráis a un ser para quien lo más importante es la luz, el amor, la belleza y el espíritu, que no esté preocupado por saber si será rico o pobre, si comerá todos los días o no comerá, si irá bien vestido o cubierto de harapos, si recibirá honores o será ridiculizado, estad seguros que para este ser todo es posible.

III

«SED PERFECTOS COMO VUESTRO PADRE CELESTIAL ES PERFECTO»

I

La peor esclavitud del hombre es la pérdida de esta luz que procede de todos los santuarios de la Antigüedad, en donde se enseñaba que el hombre es hijo de Dios. Cuando Jesús vino a revelar esta gran verdad a la multitud, fue crucificado; hasta entonces nunca le había sido revelada al pueblo está verdad por miedo a que, si tomaba conciencia de su grandeza, pudiera llegar a desobedecer las reglas que le habían sido impuestas por los fariseos y los saduceos. Cristo fue el mayor revolucionario de todos los mensajeros de Dios. Prescindió de las antiguas leyes y, por ello, le hicieron expiar, en la cruz, la audacia que había demostrado al decir que todos los hombres eran hijos de un mismo Padre.

Estaba escrito ya en el Antiguo Testamento: «*Sois dioses*»; pero esta verdad había sido omitida voluntariamente, y todavía lo está siendo hoy día. Sin embargo, la salvación de los humanos radica en el reconocimiento de esta realidad: de que

todos somos hijos del mismo Padre, Dios, y de la misma Madre, la Naturaleza, el Alma universal. Mientras las personas no sean conscientes de ello, no conocerán su verdadera naturaleza, pasarán junto a lo que es esencial, sin reconocerlo y evidentemente, sufrirán. Quienes no quieran reconocer el origen divino de los hombres, y también aquellos que se despreocupen de descubrir este origen en sí mismos, todos sufrirán, porque es imposible encontrar la felicidad si se rechaza la verdad fundamental de la esencia divina del hombre.

Dios ha depositado en el hombre un núcleo, un germen, un modelo de perfección, de esplendor, al que debemos acercarnos hasta llegar a fusionarnos con él. Fue para impulsarles a alcanzar este modelo por lo que Jesús les dijo a sus discípulos: «*Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto*». ¿Y cómo podemos llegar a ser perfectos como nuestro Padre Celestial cuando no sabemos cómo es porque nunca le hemos visto..? De hecho, no es necesario haberle visto, puesto que en cada criatura hay depositada, como en una semilla, esta imagen de la perfección del Padre Celestial; si alimentáis esta semilla, si la regáis, si la vivificáis, poco a poco os acercaréis a la perfección. En vosotros hay una semilla en la que está grabada la imagen de la perfección divina, pero es necesario disponer de un ideal elevado para poder alimentarla y fortalecerla, para que esta semilla empiece a germinar.

Por ello mismo podemos decir que el hombre ha venido a la tierra con una misión. Ahora bien, cabe no mal interpretar la palabra «misión». Muchos hombres corrientes se imaginan que tienen una misión: no cuentan con facultades, ni con dones, pero piensan que han sido enviados por el Cielo para restablecer el orden en el mundo; ¡y uno se queda estupefacto cuando les ve tan débiles y tan poco dotados! Sí, todos tenemos una misión, pero hay que saber cuál es. Se trata en suma de la misión de hacer evolucionar esos gérmenes de las cualidades y de las virtudes que el Cielo ha depositado en nosotros. También es posible que, de vez en cuando, el Cielo elija a un ser para una misión excepcional, pero la misión colectiva de los humanos es la de acercarse poco a poco a la perfección. Aunque no tengan grandes facultades, aunque estén aún embrutecidos, tienen que cumplir esta misión: trabajar, mejorar, evolucionar. Desgraciadamente, hay siempre muchos seres dispuestos a realizar falsas misiones —¡se ven capaces de salvar a Francia como Juana de Arco! pero su verdadera misión no les interesa. Pues bien, primero debemos ocuparnos de esta misión que Dios ha dado a todos los hombres: llegar a ser perfectos como El. Y como ello no lo conseguirán en una existencia tan corta, volverán de nuevo para continuar su trabajo.

Cuando Jesús decía: *«Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto»*, daba por sen-

tado el hecho de la reencarnación. Sino, ¿cómo él, tan sabio y tan instruido, podía pedirles a los humanos que lograsen la perfección en una sola existencia? ¿Ignoraba la debilidad humana? ¿o no conocía la grandeza de Dios? Realmente, si Jesús no hubiese pensado en la reencarnación, este precepto habría sido insensato. Con la reencarnación, todo se vuelve posible y juicioso. Y si Jesús les pidió la perfección a los humanos, es precisamente, porque sabía que la perfección es la ley del universo entero.

Dios es perfecto; el hombre no lo es pero puede llegar a serlo, puesto que así está escrito al principio del Génesis, cuando Dios creó al hombre a su imagen. «*Y Dios dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza, y que domine a los peces del mar, a los pájaros del cielo, y al ganado...*» Y más adelante: «*Dios creó al hombre a su imagen, a su imagen le creó*». La palabra imagen se repite, pero ya no encontramos la palabra semejanza... ¿Por qué? ¿Qué diferencia hay entre imagen y semejanza? La diferencia reside en que Dios tenía la intención de crear al hombre a su imagen, es decir, con sus mismas facultades, pero sin darle la plenitud de estas facultades: la semejanza.

Para comprenderlo mejor, he aquí, un ejemplo: la bellota de una encina está hecha a imagen de su padre, la encina, es decir, tiene potencialmente las

mismas cualidades que ella; pero no se le parece —¡la diferencia entre ambas es notoria!— Sólo cuando la bellota haya sido sembrada se convertirá en una encina, como su padre. El hombre está hecho a imagen de Dios, es decir, posee la sabiduría, el amor, el poder, etc., pero en un grado infinitamente menor que el Señor. Cuando haya evolucionado —en el transcurso del tiempo— se le parecerá y poseerá sus virtudes plenamente. Podéis ver pues, que esta evolución, el paso de la imagen a la semejanza, presupone la reencarnación. Dios dijo: *«Creemos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza»*, pero no aplicó la semejanza. *«Dios creó al hombre a su imagen, a su imagen lo creó.»* En la ausencia de la palabra semejanza y en la repetición de la palabra imagen, Moisés dejó entrever la idea de la reencarnación.

«Sin embargo, diréis, en los Evangelios no se hace ninguna referencia al concepto de la reencarnación.» Pues bien, ahí os equivocáis. Aunque no está mencionado explícitamente, para el que sabe leer entre líneas, está muy claro.

Estudiemos en los Evangelios algunas de las preguntas que fueron planteadas a Jesús o a sus discípulos, y las respuestas que dieron. Un día, Jesús les preguntó a sus discípulos: *«¿Quién dicen ellos que soy?»* ¿Qué significa esta pregunta? ¿Habéis visto alguna vez a alguien que pregunte: «¿Quién dicen los otros que soy yo?» Observad la respuesta

de los discípulos: «*Unos dicen que eres Juan Bautista, otros Elías, o uno de los profetas*». ¿Cómo puede decirse de alguien que podría ser éste o aquél, si «éste» o «aquél» ya está muerto hace tiempo, sin sobreentender con ello la idea de la reencarnación?

En otra ocasión, Jesús y sus discípulos se encuentran con un ciego de nacimiento, y los discípulos preguntan: «*Rabí, ¿quién pecó, este hombre o sus padres, para que naciera ciego?*» ¿Dónde hubiera podido pecar este hombre antes de su nacimiento? ¿En el vientre de su madre? O se trata de una pregunta estúpida, o se sobrentiende que Jesús y sus discípulos hablaban de una vida anterior. Los discípulos preguntaban si eran los padres los que habían pecado porque habían aprendido en la ley hebraica que toda anomalía, toda incapacidad, toda desgracia, era debida a una transgresión de las leyes, aunque, a menudo, una persona puede pagar por otra, y así, cuando vemos a alguien sumido en la desgracia, no podemos saber si expía sus propias culpas o si se sacrifica por otro.

Esta era una creencia admitida entre los Judíos: todo lo malo que puede suceder es el resultado de una transgresión y los discípulos hicieron la pregunta porque sabían que un hombre no puede nacer ciego sin razón... o sólo porque a Dios le place que así sea, como creen los cristianos. Y Jesús respondió: «*No es porque él o sus padres hubieran pecado,*

sino para que las obras de Dios se manifiesten en él», es decir, para que, al pasar junto a él, yo lo cure y el pueblo crea en mí. Los hombres sufren por dos razones: o bien porque han cometido pecados y son castigados, o bien porque, sin haber sido ellos mismos quienes hayan transgredido las leyes, toman el karma de otros, y se sacrifican para evolucionar. Aunque existe también una tercera categoría de seres que han completado su evolución, que son libres y que no están obligados a descender de nuevo a la tierra; pero a menudo lo hacen porque aceptan padecer cualquier enfermedad, sufrimiento o incapacidad, e incluso ser martirizados, para ayudar a los humanos. Pues bien, este ciego formaba parte de esta tercera categoría.

Y si todavía no estáis convencidos, he ahí otros argumentos: Un día, Jesús supo que Juan Bautista acababa de ser encarcelado; el texto dice simplemente: «*Habiéndose enterado Jesús que Juan había sido entregado, se retiró a Galilea*». Algún tiempo después, Juan Bautista fue decapitado por orden de Herodes. Después de la Transfiguración, los discípulos preguntan a Jesús: «*¿Por qué dicen los escribas que Elías debe venir primero?*» Y Jesús responde: «*Es cierto que Elías debe venir a restablecer todas las cosas, pero os digo que Elías ya ha venido, que no le han reconocido, y que lo han tratado como han querido*». Y añade el texto: «*Los discípulos comprendieron que hablaba de Juan*

Bautista.» Está claro, pues, que Juan Bautista era la reencarnación de Elías. Por otra parte, el Evangelio también relata que cuando a Zacarías, padre de Juan Bautista, se le apareció un ángel para anunciarle que su mujer, Isabel, iba a dar a luz un hijo, el ángel dijo: «*Caminará ante Dios con el espíritu y el poder de Elías.*»

Estudiemos ahora la vida del profeta Elías y busquemos lo que hizo para que le cortasen la cabeza cuando más tarde se reencarnó como Juan Bautista. Se trata de una historia muy interesante. Elías vivía en tiempos del rey Acab. Acab había desposado a Jezabel, hija del rey de Sidón, por cuya causa rendía culto a Baal. Elías se presentó ante el rey Acab para reprocharle su infidelidad al Dios de Israel y le dijo: «*No habrá en estos años ni rocío ni lluvia, hasta que yo lo diga.*» Y después se fue, por orden de Dios, a esconderse a las montañas para escapar de la búsqueda del rey. Pasados tres años, la sequía había causado grandes estragos en todo el país: el pueblo padecía hambre, y Dios mandó a Elías para que se presentara de nuevo ante Acab. En cuanto le vio, el rey reprochó violentamente a Elías el ser la causa de esta sequía. «*No, dijo el profeta, tú eres el causante, porque has abandonado al Eterno para rendir culto a Baal. Ahora veremos quién es el verdadero Dios. Ordena que se reúnan todos los profetas de Baal en la montaña del Carmelo...*» Así se hizo y entonces

Elías dijo: «*Ahora, que traigan dos toros, y vamos a levantar dos altares, uno para Baal y uno para el Eterno; los profetas invocarán a Baal, y yo invocaré al Eterno. El Dios que responda con el fuego será el verdadero Dios.*»

Los profetas, desde la mañana hasta el mediodía, hicieron sus invocaciones: «*Baal... Baal... Baal... respóndenos...*», sin obtener ninguna respuesta; Elías se burlaba de ellos: «*Gritad un poco más fuerte para que os oiga, porque quizá está preocupado por algo, o está de viaje, o duerme.*» Los profetas gritaron más fuerte, e incluso, como practicaban la magia, se hicieron cortes en el cuerpo esperando así atraer, con la sangre que fluía, larvas y elementales para que hicieran caer fuego sobre el altar. Pero nada de esto tuvo lugar. Entonces Elías dijo: «*Ahora, basta; que traigan doce piedras.*» Y con estas piedras hizo un altar alrededor del cual cavó una fosa; puso madera sobre las piedras y, sobre la madera, el toro cortado en pedazos. Después, lo hizo regar todo con agua y llenar también la fosa de agua. Todo estaba preparado y Elías invocó al Señor: «*Eterno, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, que sepan hoy que tú eres Dios en Israel, que yo soy tu servidor, y que hago todas estas cosas por tu mandato.*» Y el fuego cayó del cielo, tan poderoso que lo consumió todo: no quedaron ni lo animales para el sacrificio, ni madera, ni piedras, ni agua. Todo el pueblo, aterrorizado, re-

conoció que el verdadero Dios era el Dios de Elías. Entonces Elías, sin duda demasiado orgulloso por su victoria, hizo conducir a los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal cerca de un torrente, en donde fueron degollados.

Por ello, cabía esperar que también a él le cortarían el cuello, ya que existe una ley que Jesús proclamó en el jardín de Getsemaní cuando Pedro se precipitó sobre el servidor de Caifás y le cortó la oreja: « *Pedro, envaina tu espada, porque todos aquellos que tomen la espada, por la espada perecerán* ». En una misma existencia no siempre puede constatarse la veracidad de estas palabras. Así pues, ¿cómo murió Elías? No sólo no fue asesinado, sino que le enviaron un carro de fuego con el que fue transportado al cielo. Luego, más tarde recibió el castigo por su culpa cuando volvió a la tierra en la persona de Juan Bautista. Jesús sabía quién era y no hizo nada para salvarle: la justicia debía seguir su curso.

Hasta el siglo cuarto los cristianos creían en la reencarnación, lo mismo que los Judíos, los Egipcios, los Hindúes, los Tibetanos, etc. Sin duda que los Padres de la Iglesia debieron decirse que esta creencia demoraría las cosas, haría que las personas no tuviesen prisa ninguna por mejorar, y entonces, los Padres instaron a la Humanidad a que se perfeccionase en una sola vida, suprimiendo la idea de la reencarnación. Además, poco a poco, la

Iglesia creó cosas tan espantosas para aterrorizar a los humanos que, en la Edad Media, éstos no creían más que en el Diablo, en el Infierno, y en los castigos eternos. La Iglesia suprimió, pues, la creencia en la reencarnación, pensando que así obligaría a los humanos a mejorar con mayor rapidez; pero éstos no sólo no han mejorado, sino que han empeorado... ¡y se han vuelto más ignorantes, por añadidura! Por eso hay que retornar a esta creencia ya que, si no, nada puede funcionar: la vida nos parecerá sin sentido y el Señor, que Jesús presentó como nuestro Padre, le veremos como a un monstruo.

¿Queréis una prueba de cuanto digo? Id a ver a un sacerdote o a un pastor, y le preguntáis: «Explíqueme por qué tal hombre es rico, bello, inteligente y fuerte, y por qué tiene éxito en todo lo que emprende; y, en cambio, por qué este otro está enfermo, es feo, pobre, miserable y estúpido». Os responderá que ésta es la voluntad de Dios. A veces, os hablará de la predestinación y de la gracia, pero no os explicará nada más. Sea como sea, se trata de la voluntad de Dios.

Según esta respuesta cabe llegar a la conclusión de que el Señor es caprichoso, que hace lo que le viene en gana, que a unos se lo da todo y a otros nada. Bien, admitámoslo, El es Dios, y ésta es su voluntad; y nada hay que decir: debemos aceptarlo. Pero lo que ya parece incomprensible, es que El des-

pués esté descontento, furioso y se sienta vejado cuando aquellos a quienes no ha dado nada bueno comenten faltas, son malos, incrédulos y criminales. Si El es quien ha dado a los humanos esta mentalidad, esta falta de inteligencia o de corazón, ¿por qué luego los castiga? El, que tiene todos los poderes, ¿acaso no podría hacerlos buenos, inteligentes y sabios? Ellos cometen crímenes por su culpa, ¡y El, encima les castiga a causa de estos crímenes! Está claro que es algo que no tiene lógica. ¿Por qué Dios no es más consecuente, más racional, más justo? Como mínimo, debería dejar tranquilos a los humanos. ¡Pero no! ¡Quiere lanzarlos al Infierno para toda la Eternidad!

En este punto también, falla algo. Porque, ¿cuánto tiempo han pecado los humanos? ¿Treinta, cuarenta, cincuenta años? Pues bien, que permanezcan en el Infierno esos mismos años, ni uno más. Pero dejarlos ahí para toda la eternidad... ¡es una crueldad increíble!

Sin embargo, si aceptamos la reencarnación, todo cambia: Dios es verdaderamente el Dueño del universo, el más grande, el más noble, el más justo, y nosotros comprendemos que si somos pobres, estúpidos y desgraciados es por nuestra culpa, porque no hemos sabido utilizar todas las riquezas que El nos dio originariamente; quisimos vivir absurdas experiencias y El, que es generoso y tolerante, nos dejó abusar de nuestra libertad diciendo:

«Sufrirán, se estrellarán una y otra vez, pero no importa; yo les seguiré dando mis riquezas y mi amor... tienen ante sí numerosas reencarnaciones... son mis hijos, y un día volverán».

¿Comprendéis ahora mejor el significado de las palabras de Jesús: *«Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto?»* Se ha rechazado este precepto porque era demasiado difícil de cumplir pero, en realidad, el hecho no está en conseguirlo o no, sino en tomarse en serio este ideal e ir en su busca. Llegar o no llegar a alcanzarlo y el tiempo que tardaréis en lograrlo, eso ya no depende de vosotros, pero tampoco debe preocuparos. Quizá nadie lo haya conseguido aún, —la perfección divina ¡está tan alejada de los humanos!— Pero hay que desearla, porque esta aspiración es la que pone en marcha las cualidades y virtudes que existen en potencia dentro de vosotros. Os beneficiáis, por tanto, de su presencia, de su eficacia, y os sentís ayudados, conformados. El Creador ha conferido al hombre unas posibilidades inauditas; pero para poder accionarlas y hacerlas eficaces, hay que aspirar al ideal más alto; porque este ideal es el que lo moviliza todo.

II

Una semilla no es otra cosa que un ser vivo que recurre sin cesar a las fuerzas y a los elementos del cosmos para poder realizar una tarea. Y esta tarea consiste en parecerse al árbol que la ha engendrado. El Creador ha puesto en la semilla esta vocación de parecerse a su padre, el árbol; por eso, una vez plantada y a menos que tenga algún defecto, todos sus esfuerzos se centrarán en la consecución de esa vocación, tomando, de entre los elementos que la rodean, aquellos que le convienen y apartando los demás; así es cómo llegará a expresar todas las tendencias que lleva marcadas. Pues bien, lo mismo sucede con el hombre. Puesto que Dios creó al hombre a su imagen, éste tiene la posibilidad, si evoluciona correctamente, de llegar a ser como su Padre Celestial.

¿Qué hay dentro de una semilla? Si la cortáis para observarla con el microscopio, no descubriréis en ella la imagen del árbol. Y sin embargo, una vez enterrada, esta pequeña, insignificante se-

milla se convertirá, poco a poco, en una planta magnífica, con raíces, tallo, hojas, flores y frutos. Evidentemente, si abrís la semilla para estudiarla, nunca encontraréis el dibujo de esas ramas o de esas hojas, porque esta huella es de naturaleza etérica. Sólo si tenéis la posibilidad de percibir el mundo etérico, podréis descubrir toda la estructura del árbol, tal como debe crecer en función de una u otra línea de fuerza.

El crecimiento es, pues, una tarea que se produce según un cierto esquema y según unas líneas de fuerzas determinadas, para que la planta adquiera exactamente las mismas características que aquélla que la ha engendrado: forma, dimensión, color, gusto, perfume, y otras propiedades. Todos entendemos esto como normal y natural, algo en lo que no hay que reflexionar y para lo que no hay que buscar razones; sin embargo, ¿no es algo extraordinario? Y lo más extraordinario es que este proceso de crecimiento de la semilla puede revelarnos también el misterio del hombre. El hombre, como una semilla, posee un esquema interno en función del cual se determinan y orientan las fuerzas que hay en él. De la naturaleza de este esquema, y de cómo crearlo, es algo de lo que ahora quiero hablaros.

Cuando queremos construir un edifico, necesitamos un proyecto, un plano. En cualquier construcción se requieren siempre el autor del plano, el arquitecto y, después, los obreros que efectuarán

la construcción —y evidentemente, los materiales necesarios para esa labor—. Lo mismo sucede cuando el hijo se forma en el seno de su madre: crece de acuerdo a un esquema, a un plano, a un programa dado por los Señores del destino, según lo que haya merecido por la vida llevada en sus precedentes encarnaciones; y la madre le construye una casa, es decir, un cuerpo, de acuerdo a este plano.

Por tanto, cuando un ser humano desciende a la tierra, lo hace con un germen que encierra las líneas de fuerza de su destino —como cada grano o semilla que encontramos en la naturaleza— es decir, con una huella originaria impresa que una vez sembrada, empieza a crecer y de acuerdo con esta imagen y huella, se desarrollará todo el crecimiento de la planta.

En realidad, el ser humano no crece a partir de un solo germen, sino de siete. Estos siete gérmenes corresponden a sus diferentes cuerpos: átmico, búdico, causal, mental, astral, etérico y físico. Estos cuerpos son los soportes de su vida física (cuerpo físico), afectiva (cuerpo astral), intelectual (cuerpo mental) y espiritual (cuerpos causal, búdico y átmico). A medida que desciende a través de las diferentes regiones del espacio, recibe los gérmenes que permitirán que estos cuerpos evolucionen, empezando por el más sutil, el cuerpo átmico, para terminar por el más material, el cuerpo físico.

Pero volvamos a la semilla. Viajeros que re-

corrieron la India cuentan que vieron a faquires plantar un hueso de mango, por ejemplo, y hacer crecer en muy poco tiempo un arbusto cuyos frutos a continuación distribuían a la multitud. Este fenómeno se explica por el hecho de que el faquir utiliza una sustancia que en la India llaman *Akasha.* Esta sustancia etérica propagada en el espacio puede ser utilizada para acelerar el crecimiento de la vegetación y hacer que los frutos maduren rápidamente. Así pues, todo aquél que sabe concentrarse en esta fuerza akáshica es capaz de hacer crecer en muy poco tiempo un árbol que, normalmente, tardaría meses, o incluso años, en completar su crecimiento.

Pues bien, ninguno de los pensadores que han estudiado este fenómeno (y no me refiero, claro está, a aquellos que sólo han querido ver charlatanería en ello) ha imaginado que, de la misma forma, el ser humano puede acelerar su perfeccionamiento. En la vocación del hombre está el conseguir la misma perfección que su Padre Celestial; y aunque esta evolución deba durar siglos, o milenios, el ser humano está construido para alcanzar la perfección divina, está inscrito en su estructura. En realidad, lo que el hombre no sabe es que puede alcanzar este estado de perfección en una sola encarnación. Sí, ello es posible, pero sólo si él es capaz de encontrar esta imagen de Dios en sí mismo y alimentarla utilizando esta materia akáshica, esta electricidad cósmica que Hermes Trismegisto, en la Tabla de Es-

meralda, llama fuerza Telema. Cualesquiera que sean los nombres que se le dé, se trata siempre de esta misma fuerza primordial, «la fuerza fuerte de todas las fuerzas», como la llama también Hermes Trismegisto; esta fuerza que proviene del sol, el cual es su distribuidor y su fuente inagotable. Una de las manifestaciones de esta fuerza es el amor, ese amor que hace mover los mundos, y del que el amor sexual no es más que un aspecto limitado.

He ahí, pues, la verdadera ciencia que muy pocos seres poseen: cómo trabajar con esta fuerza para alcanzar la perfección, esta perfección que ya está grabada en algún lugar dentro nuestro, como en la semilla. La semilla no se parece al árbol, pero la imagen del árbol está inscrita en ella; y con unas buenas condiciones, se convierte en árbol, porque antes de haber sido engendrada en el plano material, físico, esta imagen del árbol ya se había plasmado en algún lugar en un plano sutil. Así pues, la vocación de esta semilla, que somos nosotros, consiste en acercarnos cada vez más a la imagen de nuestro Padre Celestial que llevamos en nuestro interior, y en vibrar al unísono con El, con objeto de parecernos a El.

También cabe pensar que esta imagen divina que fluye en nosotros, es nuestro Yo superior hacia el cual debemos tender para fusionarnos con El, de la misma forma que la pequeña semilla que era negra, sin brillo e insignificante, se convierte en un

árbol gigantesco, rico y poderoso. Observad una encina: al principio es una insignificante y pequeña bellota que sólo se avienen a comer los cerdos. Y, después, años más tarde, se convierte en un árbol magnífico que embellece el bosque: sus hojas purifican la atmósfera, los pájaros construyen sus nidos en sus ramas, los niños cuelgan en ellas sus columpios, los paseantes se refugian en él para descansar, los pintores se inspiran en él para realizar sus cuadros, los campesinos recogen su leña para hacer fuego... ¡qué árbol tan magnífico es una encina! Y, sin embargo, al principio no era casi nada. Tampoco nosotros somos apenas nada, pero si sabemos servirnos de este medio fantástico, de esta «fuerza fuerte de todas las fuerzas», para trabajar la imagen divina que hay en nosotros, conseguiremos realizarnos tal como el Señor nos ha concebido.

Se dice que Dios creó al hombre a su imagen y a su semejanza. Esta imagen está en nosotros, es Dios mismo quien la ha depositado ahí y ahora nos corresponde a nosotros esforzarnos para conseguir esa semejanza. La única actividad digna de este nombre es la de trabajar para parecernos a nuestro Padre Celestial, la de esforzarnos al menos para conseguirlo, la de ir siempre más lejos, más arriba, para ver las cosas de otra manera, en su inmensidad y en su esplendor.

Sí, Dios ha creado al hombre a su imagen, y es-

ta imagen se encuentra en el germen del cuerpo átmico. En el hombre, la imagen de Dios, no puede encontrarse en los planos físico, astral o mental; si así fuese, podríamos suponer que el Señor es imperfecto, torpe y débil. Es arriba, en nuestro espíritu, ahí donde reinan la belleza y la perfección absoluta, donde estamos hechos a imagen de Dios. Si nos es imposible ver esta perfección, es porque los demás cuerpos, más densos, son como caparazones que impiden que la percibamos. Pero quien sepa concentrarse en este germen sublime que representa la luz absoluta, el amor absoluto, llegará, poco a poco, a hacerlo crecer y evolucionar.

Mientras no haya nada que lo vivifique, ni pensamientos, ni sentimientos, el germen seguirá siendo improductivo, y el hombre continuará soportando una vida mediocre, sin saber que existen medios para transformarla. Ahora bien, desde el momento en que el discípulo es capaz de proyectar su pensamiento y su amor sobre este germen, no sólo empieza a expandirse sino que a su vez influye sobre los otros cuerpos para que, poco a poco, en la medida de sus posibilidades (ya que a pesar de todo éstas son limitadas) lleguen a transformarse. Desde el momento en que el consigue vivificar esta huella en su interior, ésta, a su vez, influye progresivamente sobre las células de todo su cuerpo, creando entre ellas una extraordinaria armonía.

Está escrito en la Cábala que el primer hombre

que vivía en el Jardín del Edén, el hombre cósmico, al que se llama Adan Kadmon, tenía exactamente el mismo rostro del Señor. Más tarde, cuando el intelecto se despertó en él (un proceso que está simbolizado por la serpiente enroscada alrededor del Arbol del Conocimiento del Bien y del Mal), fue tentado para que ampliara sus conocimientos y abandonó el Paraíso (es decir, descendió a las regiones cada vez más densas de la materia en donde conoció el frío, la enfermedad y la muerte), y los espíritus de la naturaleza y los animales, que hasta entonces le obedecían, se apartaron de él y empezaron a atormentarle.

Cuando el hombre logre recobrar su primer rostro, todos los espíritus del universo le obedecerán de nuevo y todo lo que les pida, ellos se lo concederán. Pero, hasta entonces, seguirá pareciéndose a este hijo pródigo de la parábola que, habiendo abandonado la casa paterna para correr mundo, acabó miserablemente como guardián de ganado porcino. Claro que, al fin, este hijo pródigo acabó comprendiendo que debía regresar a la casa paterna... Y vosotros ¿llegaréis también a comprender que debéis regresar a la Fuente para volver a encontrar la luz, el amor y la vida del Padre Celestial?

Volver a la Fuente es lo que hacemos cada mañana al ver la salida del sol, porque el sol es la expresión de la Divinidad en la tierra. Ningún Iniciado os dirá que el sol es el mismo Dios, y yo tampoco

os lo digo, pero bajo sus aspectos de luz, de calor y de vida, el sol es el mejor símbolo de la Santísima Trinidad. Si nos acercamos conscientemente a él cada mañana, alimentará a esta pequeña trinidad que también llevamos en nosotros: nuestro intelecto que tiene necesidad de luz, nuestro corazón que tiene necesidad de calor, de amor, y nuestra voluntad que tiene necesidad de vida, de energía. Sin embargo los cristianos, que no han querido ver en el sol la manifestación de la Santísima Trinidad, porque les parecía un concepto propio de paganos o de salvajes, han preferido buscarla en imágenes muertas que no expresan nada, que no irradian, y que no son, por tanto, de ninguna utilidad.

Al contemplar el sol, permitís a esta fuerza akáshica, la fuerza Telesma que el sol propaga a través del espacio, que vivifique, en el núcleo sublime que lleváis dentro vuestro, esta imagen que es la huella perfecta del Señor. Cuando consigáis encontrar de nuevo esta imagen en vosotros, los espíritus de la naturaleza –los cuatros elementos– estarán a vuestro servicio, si tenéis que hacerles una petición, se sentirán muy contentos de poder corresponderos, porque en vosotros verán esta imagen que respetan. Si no la ven, se os opondrán y hasta pueden disgregaros. Así es como algunos magos negros quisieron gobernar a los espíritus de la naturaleza y se convirtieron en las víctimas de ésta; los espíritus se vengaron y los destrozaron,

ya que no les gusta obedecer a seres que no tienen amor, ni pureza, ni luz; no les gusta que traten de imponérseles mediante conjuros mágicos. La única fuerza que respetan es la luz que proyecta el Iniciado cuando éste ha logrado hacer aparecer en él la verdadera huella de Dios.

¿Por qué dejan a la cristiandad sin luz, chapoteando entre nociones ineficaces, inútiles y hasta nocivas? He aquí una prueba de ello: desde hace dos mil años, cuando Jesús dijo. «*Sed perfectos, como vuestro padre Celestial es perfecto*», ¿han buscado los cristianos, verdaderamente, la perfección de su padre Celestial? No, siguen mostrándose débiles, miserables, celosos, rencorosos, coléricos, sensuales... ¿Es esto la Divinidad? Las nociones, los conocimientos que les han dado son, pues, insuficientes para que verdaderamente puedan transformarse. Necesitan algo más. «Algunos dirán. ¿Más todavía? ¡si lo tienen todo! ¡Todo está en los Evangelios!» Sí, eso es verdad. Pero, ¿han comprendido realmente los Evangelios? Más que nadie, estoy convencido de que los Evangelios contienen tesoros, pero tesoros que todavía no se han sabido descubrir y menos aún aplicar. Sí, todo está en los Evangelios, pero es en el pensamiento de los cristianos donde se albergan pocas cosas.

La filosofía de Cristo conduce al hombre a la realización del más alto ideal: el de parecerse a este modelo divino que lleva dentro suyo, en el plano

átmico. Si Jesús pudo decir: «*Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto*», es porque en cada criatura está depositada como una semilla, la imagen de la perfección del Padre Celestial; y, alimentando esta semilla, regándola, vivificándola, os acercaréis poco a poco a su perfección, aunque únicamente el ideal más alto os puede ayudar a llegar hasta ella.

La madre que espera un hijo no sabe cómo crece este hijo, no tiene conciencia de nada; y, sin embargo, el hijo se forma de acuerdo con un esquema invisible contenido en el germen que ella ha recibido. Y aunque ella lo ignora, en su subconsciente hay fuerzas que saben muy bien cuanto tienen que hacer. De la misma forma, vosotros podéis alentar el crecimiento de este germen divino. Para ello, cuando recéis, cuando meditéis, esforzaos en subir hasta lo más alto de vuestro ser, porque es desde allí, desde lo más alto, o desde el corazón (la expresión es diferente, pero se trata del mismo proceso interno) donde surgirán las fuerzas y las energías que llegarán para cambiarlo todo en vosotros, desde la vibración de la más pequeña célula, hasta el más pequeño átomo de vuestro ser.

IV

«BUSCAD EL REINO DE DIOS Y SU JUSTICIA»

Si estudiáis, si tenéis experiencias, os daréis cuenta de que ninguna actividad puede compararse en cuanto a utilidad, belleza y esplendor, a la tarea que Jesús nos propuso cuando dijo: « *Buscad el Reino de Dios y su Justicia, y todo lo demás os será dado por añadidura* ». El Reino de Dios resume las cualidades más preciosas: la sabiduría, el amor, la fuerza, la belleza y, sobre todo, la armonía... Por consiguiente, una vida extremadamente beneficiosa para el mundo entero.

Tal vez os preguntéis porqué Jesús precisó: el Reino de Dios «y su Justicia». Evidentemente, el Reino de Dios, arriba, no necesita la justicia, sino ya no sería el Reino de Dios, que es únicamente un mundo de amor, de generosidad y de bondad. La justicia se reserva para el plano físico, el de aquí, el de los humanos; en el momento en que el Reino de Dios deba descender para manifestarse en la tierra, entonces será necesaria la justicia.

En el Cielo nadie comete crímenes, ¿por qué, entonces, allí tendría que haber justicia? En el Cielo solo hay seres luminosos y llenos de amor, y la justicia sólo se justifica en los lugares en donde están los seres que cometen transgresiones. Por ello se habla del Reino de Dios y de su Justicia: porque, cuando el Reino de Dios venga a la tierra, no todas las criaturas habrán alcanzado aún este estado de iluminación que permite recibir la ley del amor. Sí, incluso si el Reino de Dios viene sobre la tierra, no creáis que todos los seres humanos serán transformados; sólo la élite, los seres más sabios, los mejores, serán quienes instaurarán el Reino de Dios; los demás aceptarán la autoridad de esta élite. Lógicamente habrá una justicia, porque es imposible que exista una tierra sin leyes, pero no sólo se darán leyes para castigar, sino leyes para guiar y para orientar.

Sí, aunque el Reino de Dios venga a la tierra, no por ello los humanos se volverán perfectos así, de repente. Esto es absolutamente imposible, requiere tiempo. Serán, pues, primero una minoría de seres muy evolucionados los que comprendan y acepten las ideas del Reino de Dios en la tierra; estos seres gobernarán, y los demás se verán obligados a seguirles, exactamente igual que la cola sigue a la cabeza. Se les dará la posibilidad de integrarse a esta minoría que formará el Reino de Dios y, cuando vean la nueva vida que se les propone, con una

nueva organización social tan beneficiosa para todas las criaturas, nadie protestará. Entonces ya no sucederá lo que ahora sucede: países que tratan de organizarse y de expandirse en detrimento de otros, sólo porque quieren ser los primeros, los más grandes, los más poderosos.

El Reino de Dios es un mundo de armonía, de felicidad, de alegría; y este mundo no puede existir en la tierra si no hay justicia, porque, aún cuando el Reino de Dios venga a la tierra, no por ello todos los humanos estarán lo suficientemente evolucionados como para apreciar esta gracia divina, esta abundancia, y utilizarla en favor del bien. Será necesario, pues, imponer una justicia, pero otra justicia distinta que suplirá la de gentes ignorantes que dictan leyes a menudo injustas o inútiles.

«Buscad el Reino de Dios y su Justicia», y no la nuestra, que se fundamenta en el interés. Por supuesto, tenemos que pensar necesariamente en el alojamiento, en la comida y en los vestidos... Pero pensar sólo en esto, despreocupándose de otras cuestiones, eso es, precisamente, lo que priva a la gente de la alegría y del entusiasmo. Sí, porque todas estas ideas que se agitan noche y día no movilizan las fuerzas sublimes del Cielo. Un día, las consecuencias de cada quehacer humano serán estudiadas en los laboratorios y se descubrirá que el estado de los hombres depende de los pensamientos que se agi-

tan en su interior, de la región en que viven y del círculo en el que sus propios pensamientos les han encerrado. La ciencia lo demostrará un día; pero yo no espero a que la ciencia se pronuncie sobre ello para creerlo y para decidirme a realizar ciertas tareas.

Por tanto, ahora que conocéis esta verdad podéis utilizarla, es decir, cambiar puntos de vista, de actitud, de método; entonces veréis que cuando todos son desgraciados y se ahogan, vosotros nadáis, voláis, brilláis, y podéis resolver todos los problemas; sí, porque vivís en otro estado de cosas que, sin embargo, es tan o incluso más real que todos los demás.

Lo más importante es el uso que hacemos de las energías que poseemos: cómo empleamos estas energías y con qué objetivo. Si os sentís tristes y desgraciados es debido a que os movéis en un círculo demasiado limitado; ampliad este círculo y atraeréis hacia vosotros las fuerzas y entidades del universo que vendrán a instruiros y a ayudaros. Os doy, pues, un remedio: ampliad el círculo de vuestra actividad mental; tanto si vuestro centro de interés se limitó hasta ahora a vosotros mismos o a vuestra familia... o aunque seáis alcalde de un pequeño pueblo, o Presidente de la República, ampliad todavía más vuestras preocupaciones, sí, hasta el infinito; abrazad el sistema solar, a todo el cosmos, incluso hasta al Creador, y ya no os sentiréis tan

pequeños, tan miserables, tan abandonados y desamparados. Os convertiréis en un factor benéfico para la humanidad, en un creador, y las Inteligencias sublimes, allí arriba, no harán nada sin llamaros para que participéis en los consejos donde se decide el destino de los países y de los continentes. ¿No me creéis..? Sí, esto es así porque las entidades superiores aprecian enormemente a aquellos que trabajan con toda su alma y con todo su corazón para el bien del mundo entero. Aquí, quizá seáis unos desconocidos, nadie os respeta, nadie os escucha; pero, durante vuestro sueño, las divinidades os invitan a tomar parte en sus decisiones. Esto es algo que la ciencia oficial no sabe porque está lejos de sospechar los misterios del ser humano, lo que es un alma, lo que es un espíritu, y hasta dónde se extienden las actividades de éstos.

De ahora en adelante procurad liberaros de vuestras pequeñas ocupaciones ¡y comprended que hay otras cosas en la tierra, además de vuestra mujer (o de vuestro marido), de vuestros hijos, de vuestro oficio, de vuestra casa..! Situad en primer lugar la idea de participar en la tarea del Reino de Dios que millones y millones de entidades ya secundan por todas partes del mundo. Vuestra vida es inútil mientras no trabajéis conscientemente con todos los medios de los que disponéis para la idea sublime del Reino de Dios. El día en que lo hayáis comprendido seriamente, vuestro destino cambiará.

Ahora viene una nueva época en la que todos se ocuparán del Reino de Dios porque comprenderán que nunca serán felices individualmente mientras los problemas de la colectividad no hayan sido solucionados. Algunos se imaginan que podrán encontrar la felicidad pescando en aguas revueltas. No, sólo podrán ser felices cuando haya mejorado la situación de toda la colectividad, porque entonces todos obtendrán fuerzas de esta colectividad.

Evidentemente, al trabajar para el Reino de Dios os daréis cuenta de que éste no se alcanza tan pronto ni tan fácilmente. Por eso, si no conocéis la Ciencia iniciática, os sentiréis muy decepcionados y seréis muy desgraciados; tendréis la impresión de que vuestras oraciones y vuestro trabajo no sirven para nada. Pero si conocéis las leyes, aunque no creáis que el Reino de Dios pueda alcanzarse muy pronto a causa de los seres ignorantes, egoístas y malvados que pueblan la tierra, no dejaréis de desearlo y de trabajar para él. ¿Y por qué? Porque habréis comprendido cómo están creados el ser humano y el universo y qué relaciones existen entre ambos; y sabréis, por tanto, que los deseos, los pensamientos y las palabras que lanzáis a vuestro alrededor desencadenan, en el mundo invisible, fuerzas que retornan después hacia vosotros.

Os diré ahora algo muy importante: aunque no podáis realizarlo, es deseable que trabajéis para el Reino de Dios y su Justicia, porque, si no lo reali-

záis en el mundo entero, lo sentiréis por lo menos en vosotros mismos, y os beneficiaréis con ello. Sí, esta idea impersonal, luminosa, es tan sublime y tan poderosa que desencadena poderes inauditos en el fondo del ser humano. Para realizar el Reino de Dios en el mundo, es preciso que toda una colectividad, millones de personas, se ponga a trabajar. Sino, ¿cómo hacerlo, si en la tierra hay más de cuatro mil millones de individuos que se oponen a su realización, que no están iluminados y que se sienten siempre dominados por su codicia y sus instintos?

También se os acercarán los que se imaginan ser muy inteligentes y muy instruidos y os dirán: «Pero, ¿para qué..? Es inútil hacer un trabajo del que sabemos de antemano que no dará ningún resultado». Estos hombres tan inteligentes no saben que son ellos mismos los que se benefician de este trabajo, porque el Reino de Dios se instala en quien lo desea, en quien lo ama, en quien lo busca. ¡En el fondo, se trata de leyes físicas, químicas y mecánicas! Este Reino de Dios, que es un estado de armonía, de equilibrio, de salud, de alegría, de felicidad, de inspiración y de poesía, se puede asumir internamente aunque no podamos transmitirlo a los demás, si estos no son lo suficientemente receptivos. La felicidad que deseáis para los demás, os hace felices; la luz que deseáis para los demás os ilumina; la pureza que deseáis para los demás os purifica.

La mayoría permanece alejada de estas empresas gloriosas y sólo se ocupa de pequeñas cosas fáciles de realizar. Mientras que quien conoce las leyes se dice: «Realizar lo que deseo, no es tan difícil: sólo tengo que espabilarme un poco... Sí, pero de este modo no obtendré ni la sabiduría, ni la felicidad, ni la plenitud. Porque, de acuerdo con la ley de afinidad, sé que si siembro semillas ordinarias, tendré una cosecha ordinaria». Quienes ignoran esto, se lanzan a empresas sencillas, fáciles y realizables. Pues bien, esta actitud no es inteligente.

La mayoría de las personas se imaginan que, cuando consigan una determinada cantidad de dinero, o algún diploma, o cuando hayan hecho éste u ese otro viaje o se hayan casado con tal mujer, serán felices. Pues no, porque los bienes externos tienen muy poco que ver con la verdadera felicidad. Se realizarán exteriormente pero interiormente no tendrán nada. Os lo digo con franqueza: yo he escogido lo más irrealizable, lo más imposible; sé que nunca llegaré a realizarlo exteriormente, pero dentro de mí, se realiza.

Me replicaréis: «Pero esto es algo extravagante, absurdo; nadie nos dijo nunca semejantes cosas; al contrario, siempre nos han aconsejado que tengamos un ideal accesible, que no deseemos cosas que no estén ahí, al alcance de la mano». Sí, ya lo sé, pero, ¡mirad cómo se encuentran los hombres cuando han obtenido lo que desean! ¿Acaso están

verdaderamente satisfechos y felices? De momento sí, pero, como ya no tienen objetivo, pierden su impulso, su entusiasmo. Mientras que otros, que nunca han llegado a alcanzar lo que desean, viven siempre en la felicidad, debido justamente a estos deseos que no han podido realizar. ¿Cómo explicarlo? Ello es debido a que, en realidad, en su pensamiento y en sus deseos, el ser humano tiene posibilidades infinitas. En el mundo del alma y del espíritu no hay límites para él. Si advierte límites es porque él mismo se ha limitado. Desgraciadamente muy pocos son capaces de alimentar sueños irrealizables sabiendo que, gracias a su vida interior, sus deseos y sus pensamientos, pueden llegar a ser tan puros y luminosos que se elevarán muy alto en el espacio y entrarán allí en contacto con seres y elementos que corresponden exactamente a su naturaleza, atrayéndolos de esta manera hacía ellos.

Aunque no podamos realizar el Reino de Dios, vale la pena, de todos modos, trabajar para él y desearlo, porque así lo construiremos dentro de nosotros. Y cuando haya muchos hombres en la tierra que logren restablecer dentro de sí mismos este estado perfecto de paz y de armonía que es el Reino de Dios, un día, es inevitable, se realizará también en el plano físico. Si los hombres conociesen su propia estructura, la estructura del universo y lo que les es necesario, dirían: «De hecho, a mí me da igual si el Reino de Dios se materializa o no. Lo que es

seguro es que, pensando en él, ya no volveré a sentirme en este estado de incertidumbre, de angustia y de disgregación. Por tanto, pensando en el Reino de Dios, trabajo para mí. Lanzo pensamientos luminosos y si los demás no quieren recibirlos, de todos modos estos pensamientos volverán a mí.» Este es el verdadero conocimiento, el verdadero saber.

«*Buscad el Reino de Dios y Su Justicia, y todo lo demás os será dado por añadidura.*» Sí, todos aquellos que han buscado el Reino de Dios han comprobado que, realmente, todo lo demás les era dado. Aunque yo pienso que todo lo demás no vale la pena. ¿Qué es todo lo demás para aquél que ya tiene el Reino de Dios dentro suyo? Por otra parte no está escrito que «cuando tengáis» el Reino de Dios os será dado todo lo demás; sin embargo, «cuando lo busquéis», es decir, incluso antes de tenerlo, con sólo desearlo con todas vuestras fuerzas, sin que nada os tiente o os aleje, el resto os será dado. Por lo tanto, todo el resto, lo que no es el Reino de Dios, ¿qué es? Pues bien, son las buenas condiciones, el dinero, el tiempo, la salud, los amigos, la libertad... Esto es «todo el resto»: las condiciones para obtener el Reino de Dios; y cuando lo alcancéis, no habrá nada que pueda igualarlo: es un estado de beatificación, de armonía, de paz, de amor, de pureza, de perfección y de plenitud. ¿Qué más se puede desear, si ya lo abarca todo? Por supuesto, en espera de realizar este «todo» son

necesarios los medios, las condiciones, y esto es lo que llamamos «el resto», lo que le es dado al hombre cuando busca el Reino de Dios.

Ahora os queda una cosa por hacer: convenceros de que esto es así. La mayoría de los humanos están tan ocupados con cosas que les tientan, que brillan frente a sus ojos, que casi no hay candidatos para el Reino de Dios. De cualquier forma, los que están realmente iluminados sólo buscan el Reino de Dios y su Justicia, puesto que saben que la tierra y el cielo les pertenecerán. Evidentemente, esto no ocurrirá en sólo unos meses o en algunos años, pero para los que están hambrientos y sedientos de grandes cosas no existe nada más deseable. Intentad lanzaros a esta empresa y veréis que todo el resto palidecerá: os daréis cuenta que hasta ahora sólo habíais buscado decepciones, sombras y el vacío.

Os hablo con sinceridad: aunque supiera que el Reino de Dios no se materializará jamás, seguiría deseándolo: he comprendido que yo soy quien gana, ya que este estado de plenitud y de armonía se hará, por lo menos, realidad en mi corazón, en mi alma y en mi pensamiento. Si vosotros aceptáis también esta ley, desde hoy vuestra vida cambiará: dejaréis de tener preocupaciones prosaicas y limitadas, para elevaros con pensamientos y deseos nobles, grandes y generosos con los que ya no seguiréis en el mismo estado normal de conciencia; esos pensamientos y deseos os elevarán y man-

tendrán en contacto con otras regiones, otras corrientes, otras entidades y alcanzaréis un estado más elevado de grandeza y comprensión sublime; entraréis en las regiones donde moran entidades más bellas y más evolucionadas, que os darán cuanto poseen. Subid pues, subid; os expandiréis, os fortaleceréis.

Es necesario que comprendáis este proceso. Todo pensamiento, todo sentimiento, todo deseo, todo gesto es afín con entidades, con elementos de otras regiones, y las atrae. Por esto insisto: que el Reino de Dios se realice o no se realice en la tierra, no debe preocuparos. Lo que cuenta es que el Reino de Dios se realice dentro vuestro.

La materialización del Reino de Dios no depende de nosotros. Es Dios, El mismo, quién dispone este hecho. La realización depende del Señor, pero los esfuerzos dependen de nosotros. Así, esta filosofía nos muestra que incluso aunque se dude, aunque no se crea que el Reino de Dios puede alcanzarse, se debe seguir trabajando. Si dudáis, si no creéis, no tiene importancia; os asiste el derecho de no creerlo. Pero no el derecho de abandonar el trabajo. Dudad todo lo que queráis, pero seguid trabajando para que el Reino de Dios entre en vosotros; con ello, es suficiente. Cuando muchos hombres en la tierra hayan realizado el Reino de Dios como estado de conciencia, será algo contagioso: el mundo entero seguirá el ejemplo y dentro

de un tiempo el Reino de Dios se convertirá en un hecho, en una realidad para todos.

De momento, es a nosotros a quienes concierne. Somos nosotros los que debemos trabajar, los que debemos esforzarnos; después, las leyes cósmicas se encargarán de la realización, de la concreción. Porque desde hace ya mucho tiempo miles y miles de espíritus han trabajado para el Reino de Dios; nosotros no somos los primeros. Todos insisten para que sus deseos, sus oraciones, sus ideas se realicen. Insisten, lo desean, pero por ahora no pueden hacer nada más. Son los seres vivos los que lo pueden hacer todo; los que están al otro lado, pueden influir en los pensamientos, los sentimientos y la conciencia de los vivos, pero no tienen ningún poder sobre la materia. Los seres vivos, en cambio, tienen poderes inauditos porque están en contacto con el mundo físico. Es por ello que el Cielo necesita obreros, seres evolucionados que participen en esta obra grandiosa: la realización del Reino de Dios en la tierra.

«Pedir el Reino de Dios y Su Justicia...» He ahí una frase de los Evangelios que hay que estudiar a fondo, mis queridos hermanos y hermanas. Todavía existen pasajes de los Evangelios en los que debéis deteneros; en esta frase, por ejemplo: *«Mi Padre trabaja, y yo también trabajo con El»*; y trabajar con la luz, identificarse con ella para un día poder decir: *« Yo soy la luz del mundo », « Yo soy*

la resurrección y la vida.» Hay que escoger, pues, de entre los Evangelios, los pasajes que muestran el ideal más sublime a alcanzar, estudiarlos profundamente. Algunos escogerán determinados mandamientos: no robar, no desear la mujer del prójimo..., pero eso no es lo principal. Sí, no roban, no desean, pero, ¿qué han obtenido, verdaderamente, del mundo espiritual? Hay que desear el Reino de Dios, hay que desear este estado de perfección, porque el resto de cualidades y virtudes están contenidas plenamente en él; y no solamente debemos desearlo, sino hacer todo lo posible para alcanzarlo.

Aunque seáis débiles, aunque no estéis preparados, aunque no estéis instruidos, no importa: todos son aceptados en esta labor para el Reino de Dios. Siquiera sea para dar una piedra, participad: recibiréis el mismo salario que los primeros que llegaron. En los Evangelios se dice muy claro: los últimos que llegaron recibieron el mismo salario que los que llegaron primero.* Podéis ser los primeros, pero si habéis trabajado lentamente, sin amor, sin convicción, no seréis bien recompensados. Porque en este trabajo lo que cuenta es la participación, la calidad de vuestra participación, y no el número de horas que habéis trabajado. Algunos llegan un poco más tarde, ¡pero abrazan la tarea con tanto ardor..!

* Ver la conferencia «Los primeros serán los últimos.» Tomo 9 de las Obras Completas. (Disponible en francés)

Y este ardor es lo más importante en el mundo divino. El ardor, esto es, la intensidad del sentimiento. El hombre es recompensado según la intensidad de su amor y de su pensamiento.

V

«ASI EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO»

I

Desde hace siglos y milenios un gran número de religiones, de corrientes de pensamientos y de tendencias filosóficas han ido apareciendo en el curso de la historia; para simplificar, podemos dividir estas tendencias en dos categorías: aquellas que incitan al hombre a evadirse de la tierra, y aquellas que, al contrario, le incitan a aferrarse a ella.

Podemos decir, para resumirlo brevemente, que el sistema filosófico que da a las criaturas el deseo de abandonar la tierra, con el pretexto de que ésta no es más que un mundo de imperfección y de sufrimientos, es el budismo; y el budismo, por otra parte, ha influido más o menos, en otros movimientos espiritualistas. La otra filosofía, la que incita a los humanos a aferrarse a la tierra, a buscar toda su felicidad y todas sus satisfacciones en ella, es evidentemente la del materialismo.

Diréis: «¿En qué categoría debemos situar pues al cristianismo?» ¡Ah, el cristianismo, ésa es la

cuestión..! El mismo cristianismo no sabe lo que es, no se conoce. Aunque cabe aclarar que el cristianismo y la filosofía de Cristo son dos cosas diferentes.

El cristianismo podría ser la verdadera filosofía de Cristo si los cristianos comprendiesen que, aún siendo espiritualistas, también deben ocuparse de la tierra, trabajarla con sus pensamientos, sus sentimientos y sus actos, para hacer de ella un jardín que pudiera ser visitado por Dios. Ni aquellos que quieren aferrarse a la tierra, ni los que sólo piensan en abandonarla lograrán contribuir a la felicidad de la humanidad. La tercera solución, que es la verdadera filosofía de Cristo, la de todos los grandes Iniciados y, por tanto, también la nuestra, no consiste en huir y refugiarse en el Cielo, sino en impregnarse de todo lo que hay en él y hacerlo descender, a continuación, a la tierra, para que ésta se convierta en un jardín del paraíso, en el Reino de Dios. El verdadero espiritualista, el verdadero cristiano, no desprecia a la tierra, sino que trabaja para transformarla.

Es por ello que, como ya os he dicho, la filosofía de Jesús está resumida en la oración que dio a sus discípulos. Esta oración es todo un programa: «*Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo...*» Los budistas, en cambio, nunca han dicho que la tierra

debía ser como el Cielo. Al contrario, abandonaban la tierra para ir al Cielo; ni siquiera pensaban que fuese posible transformar la tierra. Pero Jesús, en cambio, tenía fe en que un día, los hombres podrían unirse para organizar la tierra y convertirla en una morada donde todos los espíritus luminosos viniesen a vivir. Jesús así lo creía y nos dio todo un programa para realizar.

Sin embargo, para que la tierra sea como el Cielo, no basta con recitar: *«¡Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo!»* Así no se arregla nada. Somos nosotros los que, trabajando, debemos realizar este programa. No podemos pensar que, cruzándonos de brazos y meditando cómo abandonar la tierra, persuadiremos al Señor para que venga a arreglarlo todo. ¡De ninguna manera! Esta oración se realizará con el trabajo de todos y cada uno de nosotros.

Si algunos cristianos, influidos por otras doctrinas, quieren abandonar el mundo, es asunto suyo; pero deben saber que Jesús nunca impartió semejante filosofía, y que se trata de una idea que fue introducida después. Las religiones nunca permanecen tan puras como lo fueron originariamente, reciben siempre influencias de otras filosofías, de otras religiones.

La religión de Jesús es la más alta espiritualidad orientada hacia un trabajo a realizar aquí en la tierra. No es malo refugiarse en los conventos,

en los monasterios o en las cuevas, pero la mayoría de los que lo han hecho sólo pensaron en su alma, querían salvar su alma; y esto no es amor, ésta no es la Enseñanza de Cristo.

Jesús trajo una enseñanza de amor y de fraternidad que entonces no existía en ninguna religión. Cuando decía: «*Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces he querido reunir a tus hijos igual que una gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas...*», presuponía la existencia de una vida de fraternidad y de amor entre los hombres. Y rezaba para que todo en la tierra fuese como en el Cielo, precisamente porque, arriba, todas las criaturas son como un sólo ser: se comprenden, se aman, se comunican entre sí; pero aquí, en la tierra, están separadas, divididas, se muestran hostiles. En semejantes condiciones, el orden que existe arriba está aún lejos de instalarse en la tierra.

En la Tabla de Esmeralda, Hermes Trismegisto dice: «*Como es abajo es arriba*»; es decir, que todo lo que hay abajo, en la tierra, es como lo que hay arriba, en el Cielo. Si comparamos esta frase con la de Jesús: «*Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*», podemos decir que Hermes Trismegisto constata una cosa, mientras que Jesús la desea. En realidad, estas dos frases se refieren a regiones diferentes. Cuando Hermes Trismegisto dice: «como es abajo es arriba», habla de los tres

mundos —mineral, vegetal y animal— que son, en efecto, un fiel reflejo del mundo de arriba. Unicamente los hombres, debido a que han sido dotados de una voluntad libre, no respetan esta ley de correspondencias, lo que no sucede con los minerales, ni los vegetales, ni los animales. El mundo humano es el único al que no se le puede decir: *«Como es abajo es arriba»*. Por eso, Jesús formuló este deseo: *«Hágase tu voluntad, así en la tierra —es decir, en el mundo de los humanos— como en el cielo»*.

Hermes Trismegisto poseía «la ciencia de los tres mundos», de ahí su nombre, *«Trismegisto»* (tres veces muy grande), y estos tres mundos han sido interpretados por todos los comentaristas como el mundo divino, el mundo astral y el mundo físico. Ello es exacto, pero Hermes Trismegisto hablaba también del reino mineral, del que extraía la piedra filosofal; del mundo vegetal, que le daba la quintaesencia conocida como el elixir de la vida inmortal; y del reino animal, en el que encontraba el poder de la varita mágica. Pero quien se ocupó del mundo de los hombres fue Jesús. Al decir: *«Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo»*, cada uno debe trabajar para estar en armonía con el orden cósmico.

Desgraciadamente, ésta no es la interpretación que los cristianos han dado a esta frase. La repiten, pero no se sienten obligados, en absoluto, a introducir el Reino de Dios en sí mismos; quieren

que venga tal como es del exterior, y poder aprovecharse de él. Pues bien, así no vendrá jamás, y si todavía no ha venido, es porque los hombres no saben cómo desearlo, cómo pedirlo. Si lo supiesen, ya hubiera venido... ¿Queréis saber cómo debemos pedirlo? Exactamente como os digo: en primer lugar, cada uno debe realizarlo por sí mismo y entonces será cuando se realizará también en el exterior. Sólo así el Reino de Dios podrá venir a la tierra. ¿Cómo podría venir, si no, a instalarse en unos humanos cuyos corazones e intelectos están llenos de desorden, de egoísmo y de maldad? Las verdaderas transformaciones externas sólo se podrán realizar cuando se hayan producido las transformaciones internas, porque el mundo exterior es un reflejo, una concreción, una materialización del mundo espiritual. Nada que no haya venido primero internamente, podrá hacerlo externamente. ¿Cómo un hombre estúpido puede hacer algo inteligente, si le falta la inteligencia en su interior?

El Reino de Dios no puede existir exteriormente si no existe primero interiormente. Un todo está constituido por elementos; quitad los elementos y el todo desaparece. El Reino de Dios en la tierra es un orden social constituido por seres iluminados, desinteresados y animados por un alto ideal. Si no fuese así, ¿cómo pensáis que podría existir este orden? Sólo se puede mantener gracias a los individuos, a su carácter, a sus cualidades y a sus virtudes.

¡Parece mentira que los humanos aún no lo hayan comprendido!

La mayoría de los humanos se comportan como si hubiesen venido a la tierra solamente para comer, beber, divertirse y hacer tonterías, o bien para sufrir y ser desgraciados... La verdad es que han venido para ser como los obreros que trabajan en un taller, pero no lo saben; se han olvidado de que su misión consiste en manifestar la Divinidad que tienen escondida dentro, en llegar a ser como el mismo Dios.

En los planos superiores, la materia es tan sutil que obedece instantáneamente al pensamiento, a la imaginación, a la voluntad. Con esta materia podemos hacer todo lo que queramos. Pensad, por ejemplo, en un movimiento de gimnasia o de danza muy complicado: con la imaginación podéis ejecutarlo perfectamente pero, si tenéis que ejecutarlo en el plano físico, ¡entonces empiezan las dificultades! Debéis hacer ejercicios hasta conseguirlo. Sucede lo mismo con todas las actividades: las creaciones mentales no bastan, hay que realizarlas en el plano físico. Por otra parte, si el hombre permaneciese en estas regiones sutiles donde el trabajo de creación es tan fácil, no evolucionaría demasiado. Por eso viene a la tierra, para manifestar, a través de esta materia opaca y burda, la belleza y el esplendor de Dios.

Cuando el hombre logre vibrar al unísono con

el mundo divino reflejará, por fin, la belleza, la luz y la inteligencia perfectas. Y como la tierra, es decir, el planeta en el que vivimos, está conectado con el cuerpo físico de los humanos, también ella se transformará, también se volverá sutil, vibrante y luminosa, y producirá otros frutos, otras plantas, otras flores. Todo cambiará gracias a la vida de los humanos, cuando éstos hayan comprendido el trabajo que deben hacer, primero en sí mismos, para transformarse, y entonces la tierra se convertirá verdaderamente, en el receptáculo del Cielo.

Pero, ¿dónde están los obreros que deben realizar este trabajo? Los hombres tienen otras filosofías en su pensamiento y por eso deberán volver a la tierra hasta que logren hacer de ella un jardín del Paraíso. Cuando lo hayan logrado, la abandonarán para ir a otros planetas y dejarán la tierra para los animales quienes, a su vez, también evolucionarán. ¿Estáis asombrados, verdad? Pero mientras, los hombres deben trabajar en la tierra. En ella sufrimos, y qué duda cabe, somos desgraciados, pero, ¿debido a qué?, ¿por culpa de quién? ¡De los humanos! Y el sufrimiento no es razón suficiente para abandonar el campo de batalla y huir. El Cielo no acepta a los desertores. Diréis: «Pero yo sólo aspiraba al Cielo, a la beatitud, porque amo la paz, la luz y la belleza». Por supuesto, eso será tenido en consideración, será anotado como una realidad. Pero con ello no basta, porque el trabajo

aún no se ha realizado, la tarea no se ha concluido.

Se necesitan millones de años y millones de seres para transformar esta tierra, que ahora es tan burda y opaca. ¿Y cómo la transforman? ¡Comiéndosela! Sí, he aquí otra cosa que la ciencia no ha comprendido realmente: por qué comemos. Comemos tierra, un poco preparada, por supuesto, bajo forma de legumbres y de frutas, pero se trata de tierra; y esta tierra debe pasar a través nuestro para ser tragada y digerida, y después expulsada... Tragada, digerida, expulsada... hasta impregnarse de las emanaciones y de las vibraciones producidas por nuestros pensamientos y nuestros sentimientos. Una vez la tierra esté así impregnada, se volverá luminosa y transparente. Al pasar a través nuestro, qué duda cabe que la tierra nos da algo; pero ella también recibe algo de nosotros: nuestros sentimientos, nuestros pensamientos, nuestra vitalidad; y por eso, ya no es la misma que en un pasado lejano. Ha evolucionado, es más sutil, más inteligente, gracias a todas las criaturas que han vivido antes en el planeta y que trabajaron por él.

De ahora en adelante, cada uno de vosotros debe asumir que tiene el trabajo de transformar la tierra; luego, el Señor se pronunciará; os dirá: «Habéis sido buenos obreros en mi campo... Entrad, pues, obreros míos, en el reino de mi gozo y de mi gloria». Recordemos también que Jesús, en los Evangelios, ya habla de obreros que fueron enviados a

trabajar a un campo. Sí, nosotros somos, precisamente, estos obreros. ¿Y qué hemos plantado? ¿Dónde hemos trabajado? Ya conocéis la parábola de los servidores y de los talentos... Pues bien, aquí se trata del mismo concepto. Los servidores que habían hecho fructificar sus talentos fueron recompensados, mientras que aquel que enterró el suyo fue castigado. Este mal servidor representa a todos los que sólo piensan en divertirse y en aprovecharse egoístamente de la vida, lo que no tiene ninguna relación con la filosofía de Cristo. El nos enseña que todo lo que el Señor nos ha dado como talentos y posibilidades debemos utilizarlo trabajando para el bien de todos.

El sentido de la vida es la evolución, la transformación de la materia. Otra cuestión bien distinta es la de cuáles serán, en el futuro, sus formas y sus manifestaciones; por ahora, lo único que conviene saber es que hay un sentido, un proyecto, una ley, que impulsa a toda la creación para que evolucione. Y por tanto, todos quienes contribuyen a esta evolución son ayudados, amparados. Todo debe evolucionar. Incluso los minerales evolucionan, de forma imperceptible, pero real: hay en el mineral una fuerza que trabaja para hacer aflorar todas las cualidades y virtudes que contiene. Las piedras preciosas, los metales preciosos, son minerales más evolucionados que emanan virtudes benéficas. Las plantas también evolucionan; y cuanto más evolucionan, dan

más flores y frutos curativos, nutritivos, benéficos. Lo mismo sucede con los animales y con los hombres; e incluso es así, también, para nuestro sistema solar.

La ley de la vida es, pues, la evolución, es decir, el avanzar paso a paso hasta la perfección. Y si Jesús nos pidió que fuésemos perfectos como el Padre Celestial, es porque sabía que la meta de la evolución es la perfección.

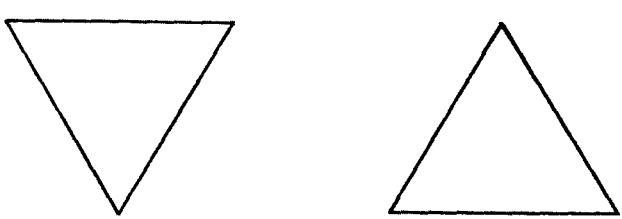
II

La creación entera es el resultado del trabajo del espíritu y de la materia. Porque el universo no es más que esto: espíritu y materia. Para los materialistas, que no quieren oír hablar del espíritu, podemos reemplazar esa palabra por las de fuerza o energía, dado que el espíritu es una fuerza. Ocurre sin embargo, que al hablar de fuerza en vez de espíritu, nos privamos de todas las cualidades del espíritu: de la inteligencia, de la conciencia, del amor... En cualquier caso, nadie puede negar que todo el universo gira en torno a dos realidades, a las que llamamos espíritu y materia, o fuerza y materia, o principio masculino y principio femenino.

La ciencia se interesa especialmente por el proceso de evolución, gracias al cual las especies vivientes se han diferenciado y organizado adquiriendo propiedades y aptitudes siempre nuevas. Así la ciencia sólo ha considerado el movimiento ascendente, es decir, el movimiento de la materia hacia el espíritu, y lo que no ha visto es que este

movimiento evolutivo fue precedido por un movimiento involutivo, si los científicos no lo han constatado, es porque este movimiento involutivo se produce en el mundo sutil, y debido a esta laguna, sus conclusiones son erróneas.

La Ciencia iniciática enseña que toda evolución va precedida de una involución, es decir, de un descenso del espíritu a la materia. La evolución no puede tener lugar sin la participación del espíritu: él es el que contiene la vida, la conciencia, y el que impulsa a la materia, a las formas, a las criaturas, hacia la perfección. Hay que comprender bien que no puede haber evolución sin previa involución. Si os imagináis que las formas han podido evolucionar por sí mismas, sin haberse beneficiado antes de la involución con el descenso del espíritu, es que no habéis comprendido nada. Podemos representar esquemáticamente esta idea mediante dos triángulos:

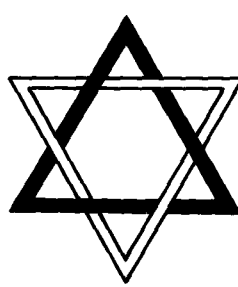


uno, con el vértice dirigido hacia abajo, es el símbolo del espíritu que desciende hacia la materia para animarla, para vivificarla. Y el otro, con el vértice dirigido hacia arriba, es la materia que quiere evolucionar para unirse con el espíritu.

Podemos aplicar este simbolismo de los dos triángulos en el ámbito de la vida espiritual, y decirnos que todo aquel que adopta la filosofía del triángulo de la materia abandona la tierra, así como todas las actividades y los deberes que ésta presupone; de ello se derivan ciertas anomalías. Así, pues, debe trabajar con el triángulo del espíritu, que es el de la realización, el de la manifestación aquí, en el plano físico. No es bueno querer elevarse tanto; al contrario, hay que descender. Algunos «místicos» dirán: «¡Oh, pero eso es espantoso! Al descender, nos perderemos. ¡En ningún sitio se dice que tengamos que descender! Al contrario, ¡hay que subir, hay que liberarse de la tierra!» Como queráis, pero ésta no es la actitud que preconizaba Jesús en la oración dominical: «... *Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.*»

Se acerca la época en la que ya no habrá que buscar la propia salvación refugiándose en el Cielo. Esta actitud pudo ser buena para una determinada época; permitió descubrir aspectos muy importantes de la vida interna. Pero ahora ya no es preciso querer salvarse; sólo hay que comprometerse en un

trabajo glorioso para traer el Cielo a la tierra. Diréis: «¿Y cómo? ¡Nosotros no podemos hacerlo!» Sí, el triángulo del espíritu nos muestra cómo hay que trabajar en este sentido. No hay duda de que el discípulo debe buscar el Cielo, pero tan pronto como lo alcance, debe tratar de hacer descender la luz que hay en el Cielo, el amor que hay en el Cielo, el poder que hay en el Cielo, la pureza que hay en el Cielo, para derramarlos sobre sí mismo y sobre todos los que le rodean. Es así como, tras años de esfuerzos, consigue reunir el espíritu y la materia, y realiza plenamente el símbolo del sello de Salomón.



En los libros esotéricos se habla mucho del sello de Salomón, pero muy pocos han comprendido la profundidad y el poder mágico de este símbolo. Su poder proviene del encuentro y de la inserción de los triángulos que simbolizan los dos principios.

Actualmente vemos cómo se manifiestan tenden-

cias extremas. Hay países que están muy avanzados técnicamente o en el terreno económico y social, y que se esfuerzan para mejorar su situación aquí en la tierra, pero que han cortado la conexión con el espíritu; mientras que otros países poseen una tradición de espiritualidad tan arraigada que descuidan casi completamente la vida material, y millones y millones de personas viven en la suciedad, en la miseria y en la enfermedad. Yo no doy la razón ni a unos ni a otros, porque ambas son necesarias: estar conectado siempre con el Cielo y trabajar para la tierra.

Diréis que preferís trabajar para el Cielo... De acuerdo, pero sabed que el Cielo no tiene necesidad de vosotros; ¡está tan lleno!, ¡es tan rico! ¿Qué podríais aportarle? Aquí, en la tierra, es donde os necesitan. Así que es mejor cambiar paulatinamente de táctica aunque ello no quiera decir que podáis darle la espalda al Cielo; no, al contrario, debéis estar conectados con el Cielo para así, después, poder dar a los demás. Porque si no estáis conectados con el Cielo, no sois ricos; y en este caso, ¿qué podéis distribuir?

En algunos países pobres los hombres se van a trabajar al extranjero para ganar dinero y poder alimentar a su familia. Pues bien, para poder alimentar a vuestra familia, vosotros también debéis ir al extranjero a trabajar y a ganar dinero. Hablo de manera simbólica, por supuesto. «El extranjero»

es el Cielo, al que se puede llegar con la oración, la meditación, la contemplación, etc... Es exactamente lo que yo hago: todos los días os abandono y me voy al extranjero para ganar el oro que después distribuyo. ¿Por qué quedarse siempre pegados a la familia, a los amigos? ¿Por qué los amamos tan sólo supuestamente? No, no los amamos; o mejor dicho, los amamos mal. Les dejamos morir de hambre porque somos incapaces de alimentar su corazón, su alma; no se trata, pues, de auténtico amor.

Debemos ser capaces de vivir en el Cielo, pero sin contentarnos con quedarnos ahí. Tomemos un ejemplo. Os viene una idea. Sentís que esta idea es buena, y sois felices: ello es señal de que esa idea ha descendido hasta el sentimiento. Sí, pero con eso no basta. Sólo cuando os decidís a expresarla, a realizarla, el proceso normal se ha completado. ¿Acaso un pintor, un músico, o un poeta, se contenta con mantener sus obras en su cabeza? No, las realizan. Entonces, ¿por qué, en otros terrenos, tendríamos que contentarnos con el pensamiento y el sentimiento? Hay que realizar. Y en el terreno de la espiritualidad y de la religión también hay que realizar. Para muchos, la religión se queda en el pensamiento o en el corazón y obran contrariamente a lo que piensan y creen. Pues no, así demuestran que no han comprendido cómo la Inteligencia cósmica ha concebido las cosas. Primero debemos pen-

sar; después, desear; y finalmente debemos trabajar para realizar.

Un chico encuentra a una chica y descubre que la ama. ¿Qué hace, tras un tiempo? Procura acercarse a ella para abrazarla. ¿Por qué no se ha limitado a sus pensamientos y sus sentimientos? Ya lo veis: es extraordinario como, en este terreno, los hombres y las mujeres actúan siempre correctamente, es decir, de acuerdo con el proceso normal previsto por la Inteligencia cósmica. En el terreno espiritual debemos pensar también en la realización, y ésta se lleva a cabo con los gestos, la actitud y el trabajo.

Algunos pensarán: «Sí, pero ahora usted se contradice; critica siempre a los materialistas porque sólo piensan en la tierra, diciendo que cuando se vayan al otro mundo no conservarán ninguna de sus adquisiciones; y ahora dice que hay que obrar como ellos». No, no me contradigo, porque una cosa es pensar sólo en el dinero y en las posesiones, y otra querer realizar en la tierra los esplendores del Cielo. Además, ¿creéis de veras que los materialistas mejoran realmente la tierra? Su única preocupación es enriquecerse aunque para ello tengan que agotar, polucionar y destruir la tierra. Sí, la tierra no se beneficia mucho de su actividad. En cambio, el espiritualista aporta algo bueno a la tierra y, cuando debe irse al otro mundo, es acompañado por todo aquello que ha realizado en el mundo de la luz. Así, de esta manera, crea su futuro.

Nosotros aportamos otra filosofía, otro comportamiento, otra manera de pensar, de actuar, de manifestarse. Las antiguas concepciones eran buenas para cada individuo por separado, pero inútiles para la colectividad. Ahora llega la época en la que no sólo debemos trabajar para nosotros mismos, sino para la tierra entera, para toda la humanidad. La inmortalidad está arriba, la luz está arriba, la armonía está arriba, la paz, la belleza, todo lo sutil está arriba. En este caso, ¿por qué todo lo que hay arriba no debería encarnarse abajo, en el plano físico? Y en primer lugar en el cuerpo físico: que la vida celestial impregne el cuerpo físico e irradie a través de él... Entonces sí, el Reino de Dios vendrá y cada uno será una luz, un sol; cada uno será un manantial... Hay que aceptar la enseñanza del triángulo de la involución, del triángulo del espíritu, y no seguir solamente con la enseñanza del triángulo de la materia.

La materia tiende a ir hacia arriba, y el espíritu hacia abajo... Se trata del mismo proceso que repiten el hombre y la mujer que se unen en el amor: el hombre mira hacia abajo, y la mujer mira hacia arriba. Los humanos no hacen más que ajustarse a unos principios establecidos desde la eternidad por la Inteligencia cósmica: la materia que debe espiritualizarse y el espíritu que debe materializarse, coinciden en el espacio para unirse y crear. Todo es simbólico, todo es elocuente, todo es filosófico en los

actos de los humanos; pero éstos no han comprendido nada. Hay que hacer descender el espíritu. Por eso, en vuestras meditaciones, en vuestras oraciones, pedid e imaginad que esta luz, que este espíritu, que este poder divino, desciende en vosotros mismos para impregnar todas vuestras células. Y tras haber trabajado así durante años, un día sentiréis que el Cielo está en vosotros, que la luz está en vosotros, que el amor está en vosotros. Y entonces, será mucho más fácil atraer a la gente, ayudarla. Mientras que si, con el pretexto de la espiritualidad, os convertís en seres resecos... ¡en pergaminos vírgenes! no sólo sois inútiles sino que anuláis los deseos de espiritualidad de los demás.

Es preciso que el espíritu descienda. Cuando el espíritu descienda hacia la materia nacerá el niño, es decir, el Reino de Dios y toda su belleza. Esto es lo nuevo que viene ahora: hacer descender todos los esplendores, las bendiciones, la luz y la paz del Cielo a la tierra, en primer lugar a nuestra propia tierra, a nuestro cuerpo físico; y después a la tierra entera, a todos los humanos.

Como veis, está claro: en vez de querer abandonaros en el Nirvana, de estar junto a los elegidos, bebiendo, comiendo y alegrándoos, pensad que hacéis descender el Cielo, y que éste irradia, a través vuestro, sobre toda la tierra; que sois una luz en la tierra... ¡Qué gran trabajo a realizar!

VI

«EL QUE COME MI CARNE Y BEBE MI SANGRE, TIENE LA VIDA ETERNA»

Como sabéis, el rito de la comunión, tal como es practicado en las iglesias cristianas tiene su origen en la última cena que Jesús celebró con sus discípulos: «*Durante la comida, Jesús tomó pan y, tras haber dado gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomad, comed, éste es mi cuerpo. Tomó después una copa de vino y, tras haber dado gracias, la dio diciendo: Bebed todos de ella, porque ésta es mi sangre...*».

En el Evangelio de San Juan, Jesús también dice: « *Yo soy el pan vivo que ha descendido del Cielo. Si alguien come de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne, que sacrificaré para la vida del mundo... En verdad, en verdad os digo, que si no coméis la carne del Hijo del hombre y si no bebéis su sangre no habrá vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdaderamente comida y mi sangre verdaderamente bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre en mí mora y yo en él. Así como*

el Padre, que me ha enviado, vive, y yo vivo por el Padre, así, quién me come, también él vivirá por mí.»

El pan y el vino, presentados como la carne y la sangre de Cristo, son símbolos que encontramos en todas las Iniciaciones. En el Génesis podemos leer el relato del encuentro de Abraham con Melkhisedek, rey de Salem. «*Después que Abraham volviese vencedor después de derrotar a Kedorlaomer y a los reyes que estaban con él, el rey de Sodoma salió a su encuentro en el valle de Shavé, que es el valle del rey. Melkhisedek, rey de Salem, llevando pan y vino: él era el sacrificador del Dios Altísimo. Bendijo a Abraham y dijo: ¡Bendito sea Abraham por el Dios Altísimo. Dueño del cielo y de la tierra! ¡Bendito sea Dios Altísimo que ha puesto a tus enemigos en tus manos! Y Abraham le dio el diezmo por todo lo conquistado.»*

El nombre de Melkhisedek, que significa «rey de justicia» proviene del hebreo, «*melek*», rey, y de «*Tsedek*», justicia. El nombre de la ciudad de la que era rey, Salem, tiene la misma raíz que la palabra «*schalom*»: paz. Melkhisedek es pues el rey de la justicia y de la paz; es un personaje muy misterioso de quien se sabe muy poco. Únicamente los grandes Iniciados saben algo de él. En la Biblia, sólo hay otro pasaje en donde se menciona a Melkhisedek, concretamente en la epístola de san Pablo a los Hebreos. San Pablo escribe: «Es este

Melkhisedek, rey de Salem y sacrificador del Dios soberano, el que fue al encuentro de Abraham cuando éste volvía de derrotar a los reyes, el que le bendijo, y a quien Abraham entregó el diezmo por todo lo conquistado –que es, primero rey de justicia, según el significado de su nombre y, después, rey de Salem, es decir, rey de paz– que no tiene padre, ni madre, ni genealogía, cuyos días no tienen principio, ni fin su vida –sino que es semejante al hijo de Dios–; este Melkhisedek es sacrificador a perpetuidad.» La Santa Cena, instituida por Jesús, reiteraba el ofrecimiento del pan y del vino que Melkhisedek hizo a Abraham. Por otra parte, san Pablo dijo también que Jesús era «*sacrificador para siempre, según el orden de Melkhisedek.*»

El pan y el vino, es decir, el trigo y la uva; y evidentemente el alimento, en general, son un símbolo de Cristo, del Verbo, porque es el sol quién los produce. El sol es el que madura el trigo y la uva, así como los frutos, y todas las simientes de la tierra. Todo lo que nos alimenta y calma nuestra sed es la carne y la sangre de Cristo ya que este amor, esta luz, esta vida del sol, del Cristo a través del sol, es la que se condensa para aparecer en la tierra bajo forma de vegetación y de frutos.

«El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna.» Podemos ir muy lejos en la comprensión de estas palabras. Significan: Si coméis el fuego que sale de mí, y que es amor, y si bebéis la

luz, que es sabiduría, tendréis la vida eterna. Con estas palabras, Jesús expresaba las mismas verdades que cuando le decía a Nicodemo. «*Si no nacéis de agua y de espíritu* (es decir, de fuego*), no entraréis en el Reino de Dios.*» La carne y la sangre, el fuego y el agua, son los mismos símbolos, a distintos niveles, de esos dos principios, masculino y femenino, que Melkhisedek reveló a Abraham cuando le ofreció el pan y el vino. El pan y el vino, por sí mismos, son poca cosa; pero a través de ellos el sacrificador del Altísimo transmitía a Abraham un saber iniciático prodigioso respecto a los dos principios masculino y femenino.

Como es difícil para los humanos acceder a los grandes misterios cósmicos, éstos han tenido que ser arrancados del mundo sublime, que es el suyo, y presentados bajo formas concretas de objetos, de imágenes, de pan, de vino, de hostias. Pero es ya tiempo de profundizar en estos símbolos. El pan y el vino son dos símbolos solares, puesto que representan dos propiedades del sol: su luz y su calor, que crean la vida. Su calor es el amor, y su luz la sabiduría. Así pues, Jesús quería decir: Si coméis mi carne –la sabiduría– y si bebéis mi sangre –el amor– tendréis la vida eterna.

Los cristianos comulgan con hostias pero ¿acaso son por ello mejores...? Por contra, aquél que comulga cada día con el sol, con esta gran hostia que se levanta ahí, frente a él, y bebe la luz que

emana, que de ella brota, entra en la vida eterna. Hay que ir, pues, mucho más arriba para descubrir el verdadero significado de las palabras de Jesús. Siempre buscamos su significado demasiado abajo. Yo no he venido para suprimir todas estas enseñanzas, todos estos símbolos; están bien, deben aún subsistir durante cierto tiempo. Pero un día los hombres comprenderán que eso no basta, porque ellos seguirán siendo débiles, ignorantes, rencorosos, cobardes, maldicientes y envidiosos.

Desde hace dos mil años, ¡han sido tantos los cristianos que han comido millones de hostias y bebido toneladas de vino sin obtener la vida eterna y aún, desgraciadamente, sin producir en ellos la menor mejora...! Porque el único medio de obtener la vida eterna consiste en comer la luz y el calor de Cristo. Y Cristo está en el sol, es el espíritu del sol. Sí, esa misma luz que brota del sol y que es el origen de toda la vida en la tierra, esa luz, cuya verdadera naturaleza todavía no conocemos, es Cristo, el espíritu de Cristo. La luz del sol es un espíritu vivo y, a través de ella, el espíritu de Cristo está siempre ahí, presente, es activo, actúa sin cesar.

Evidentemente Cristo es una entidad mucho más vasta que el sol. Es el Hijo de Dios, la segunda persona de la Trinidad, y no sólo se manifiesta a través de nuestro sol; en la inmensidad del cosmos existen innumerables soles mucho más grandes y luminosos que el nuestro... Cristo está en todo el uni-

verso; pero para nosotros, para los seres humanos que habitamos en la tierra, manifiesta su presencia a través de nuestro sol.

Cuenta una tradición que Zarathustra había preguntado al dios Ahura-Mazda cómo se alimentaba el primer hombre, y el dios le respondió: «Comía fuego y bebía luz». ¿Por qué no aprender, también nosotros, a comer fuego y a beber luz para volver a la perfección del primer hombre? Cuando miráis al sol que asoma, aprended a beberlo, a comerlo. Imaginad que lo aspiráis, y que esta luz, que está viva, se propaga en todas las células de vuestros órganos y los fortalece, los purifica, los vivifica.

Cada día os encontráis ante el sol, el cual envía al espacio, por todas partes, partículas luminosas de una gran pureza. Entonces, ¿quién os impide concentraros para expulsar de vuestro organismo las viejas partículas apagadas y gastadas, con objeto de reemplazarlas por estas nuevas partículas que vienen del sol? ¡Es un ejercicio muy útil! Con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma, tratad de captar estas partículas divinas y de instalarlas dentro de vosotros; así, poco a poco, renovaréis completamente la materia de vuestro ser, y pensaréis y actuaréis como un hijo de Dios, gracias al sol.

La religión del futuro será la religión solar: porque a través del sol podemos comulgar con la Divinidad todos los días, comer la carne y beber la sangre de Cristo.

VII

«PADRE, PERDÓNALOS, PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN»

Leemos los Evangelios, los comentamos, pero corrientemente no alcanzamos el pensamiento de Jesús, porque la mayoría de las veces interpretamos las palabras y los actos de alguien en función de su propio punto de vista limitado e, incluso, en función de sus propias lagunas y defectos. Como os he dicho a menudo, para saber exactamente lo que un ser quiere decir, hay que entrar en su pensamiento. Existen métodos para comprender lo que han dicho o escrito hombres que murieron hace ya mucho tiempo, y todos aquellos que poseen estos métodos llegan necesariamente a las mismas conclusiones. Si nadie se pone de acuerdo es precisamente porque se desconocen estos métodos. Hay tantos comentarios diferentes como comentaristas. Y ahora la gente está ya tan harta de todas estas interpretaciones, incluso de las de los Evangelios, que no quiere oír hablar de ello; y es normal.

Tomemos un ejemplo. Desde hace dos mil años se citan las palabras que Jesús pronunció en la cruz:

«*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*». Todos los que comentan estas palabras insisten en el perdón diciendo que hay que perdonar como Jesús perdonó; y eso es todo. Desde hace dos mil años, los que escuchan estos consejos tratan de perdonar a sus enemigos y a todos los que les han hecho daño, pero no lo consiguen. ¿Por qué? Porque Jesús poseía un secreto, y mientras desconozcamos este secreto, aunque deseemos tomar a Jesús como modelo, no podremos perdonar. No basta con querer tomar a Jesús como modelo. Hasta que no consigamos establecer un contacto con él gracias al conocimiento y a la comprensión de lo que él mismo conocía, seguirá estando lejano, inaccesible, y no podremos imitarle. Además, muchos piensan que, puesto que era el Hijo de Dios, puesto que era Cristo, tenía el poder de perdonar, pero que nosotros, que somos hombres, no podemos hacerlo.

Lo que voy a explicaros ahora os mostrará cómo perdonar a todos los que os han hecho daño. Algunos dirán: «¡Pero es que nosotros no queremos perdonar!» Bien, haced lo que queráis, pero sólo vosotros seguiréis estando abrumados, atormentados, envenenados y os sentiréis tristes y desgraciados. Porque guardar rencor a alguien es algo espantoso. Hay que hacer algo para escapar de esa situación y, como no es aconsejable matar a vuestro

enemigo para desembarazaros de él, más vale perdonar. Yo os diré como.

Estudiemos ahora la frase de Jesús: *«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»*. ¿Por qué no se ha analizado mejor esta frase..? «Padre, perdónalos, porque...» Jesús explica al Señor que hay que perdonar y por qué hay que hacerlo. ¿Cómo debemos interpretar esto? ¿Acaso es posible enseñarle a Dios algo que El ignore? ¿Por qué hay que decirle *«pues no saben lo que hacen?»* ¿Acaso el Señor no estaba al corriente? ¿Acaso no sabe que los hombres son inconscientes, que son ignorantes y estúpidos? ¿Tenía que enseñárselo Jesús..? Y luego, en vez de decir: «Les perdono..», Jesús dijo: *«padre, perdónalos...»* ¿Por qué era Dios quién debía perdonar? Dios no tenía nada que ver con todo aquello; no era El quien estaba en la cruz, sino Jesús.

En realidad, todo el secreto del perdón está en esta fórmula. Al decir: *«Padre, perdónalos...»*, Jesús se conectó con Dios; y por este vínculo se situó muy alto, por encima de sus enemigos y de sus verdugos y, desde allí, sólo podía compadecerles, porque su conducta probaba que no eran inteligentes, que no tenían luz y que eran, por tanto, pobres y miserables, porque estar privado de luz, significa, verdaderamente, carecer de todo. Así pues, en este estado superior en el que Jesús se había situado, veía tan claro la miseria de los demás, que ni siquiera

tenía necesidad de perdonarles. Esta fórmula es un método psicológico que Jesús utilizó para actuar internamente sobre sí mismo. Diréis: «No, nada de eso; Jesús sabía que Dios es terrible e implacable, que castigaría a sus enemigos, y por eso le suplicó que no les exterminase».No, Jesús enseñaba que Dios es Amor; ¿por qué, pues, de repente, pensó que debía proteger a los hombres de la cólera divina? Si lo hubiese pensado, se hubiera puesto por encima del Señor, creyéndose más grande, más generoso, más misericordioso que El; y eso no es posible.

«*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*», es una fórmula que Jesús utilizó para poder vencer y transformar la última gota de rencor que podía quedar en él. ¡Porque no penséis que Jesús fue siempre tan indulgente, tan dulce y tan gentil..! Ya habréis leído todo lo que les dijo a los fariseos, y a los saduceos... Les decía cosas espantosas: ciegos, hipócritas, insensatos, sepulcros blanqueados, serpientes, raza de víboras... Había, pues, algo en él que le impedía perdonar. Pero quería perdonar, no quería que en él quedase un solo átomo de hostilidad hacia los humanos, ni siquiera hacia sus enemigos. Puesto que había dicho: «*Amad a vuestros enemigos*», debía dar ejemplo, haciéndolo él mismo. Y es esta oración: «*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*», la que le dio, de pronto, el poder de perdonarlo todo.

Si tratamos de explicar estas palabras de otra manera, todo se complica. Cabe suponer que Jesús no creía tanto en el amor de Dios y que era él quien debía aconsejar a Dios que fuera bueno e indulgente; se ponía, pues, por encima del mismo Dios; y esto es orgullo. No, Jesús empleó una fórmula puramente psicológica, una fórmula mágica. Gracias a esta fórmula se situó arriba, muy arriba, y situó, al mismo tiempo, a sus enemigos muy abajo, para así suscitar en sí mismo una gran piedad para con ellos. Cuando vemos cuan ignorantes, embrutecidos y miserables pueden ser los humanos, ya no deseamos aplastarles. Y en esto se basa la nobleza. La nobleza consiste en no atacar al pequeño cuando nosotros somos grandes; en no abalanzarse sobre el débil cuando somos fuertes.

Y Jesús era tan grande en su amor, en su ciencia, en su poder, que pudo perdonar. De otra forma, con los poderes que poseía, era capaz de proyectar rayos que los hubiese aniquilado a todos. Perdonó precisamente para no actuar como todos los que, antes que él, actuaron según la justicia, como servidores de la justicia. Cuando se actúa en nombre de la justicia, no se perdona: ojo por ojo, diente por diente. Pero Jesús vino para enseñar el amor, la piedad, el perdón de las ofensas y, por eso, en el momento de morir, pidió clemencia por sus enemigos. Cuando se comprende el secreto de estas

palabras, entonces se pueden utilizar y los resultados son extraordinarios.

El que es pobre y débil espiritualmente, no puede perdonar: procura vengarse. Para perdonar al que os ha hecho daño hay que ser grande, rico y fuerte, luminoso; hay que decirse: «Puedo perdonarle: ¡pobre!, ¡está tan necesitado de luz, de conocimiento, de nobleza! Y ni siquiera sabe en qué condiciones se sitúa, porque las leyes de la justicia divina son implacables, y sufrirá para reparar el mal que ha hecho. Mientras que yo, aunque de momento soy su víctima, debo sentirme sin embargo privilegiado por trabajar para el bien, para el Reino de Dios, para la luz.» Y si pensáis así, comparando todo el esplendor en el que vivís al haber escogido el camino del bien, con la miseria y la oscuridad de aquellos que son injustos y malvados, se apodera de vosotros un sentimiento de piedad. Lo que no podríais obtener por ningún otro medio, lo alcanzáis fácilmente de esta manera.

Algunos dirán: «Pero esta actitud se parece mucho a la del fariseo del Evangelio, que rezaba en el templo dando gracias al Señor por no ser como el resto de los hombre ni, especialmente, como ese publicano que estaba postrado a cierta distancia suya. ¡Es orgulloso!» En absoluto. El fariseo se vanagloriaba de ayunar dos veces por semana, de pagar el diezmo por todos sus bienes, etc., y por esta razón despreciaba al publicano, sin sospechar

que éste quizá era mejor que él. La actitud de la que os hablo es diferente. Lo que quiero decir es que si sois víctimas de calumnias y de injusticias, al reconocer y enumerar todos los esplendores que Dios os ha dado y de los que carece vuestro enemigo, os veis obligados a reconocer que, en realidad, sois unos privilegiados. De momento vuestro enemigo triunfa, de acuerdo; ha conseguido haceros daño, pero, de todos modos, es a él a quién hay que compadecer, puesto que uno es siempre digno de lástima cuando hace daño, ya que un día la justicia divina le castigará de una u otra forma. ¿Veis? El sentido es completamente diferente.

Leer los Evangelios está bien, pero hay que saber profundizar en ellos y comprender lo que pasaba por el pensamiento y el corazón de Jesús en el momento en que pronunció algunas frases. Cuando dijo: «*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*», se conectó con su Padre para poder perdonar a sus enemigos, a los fariseos y a los saduceos. Jesús, que contaba con la más grande integridad y honestidad, no podía sino atraerse la enemistad de los fariseos y de los saduceos, a quienes criticaba y fustigaba sin cesar. Evidentemente, podríamos decir que Jesús no era muy diplomático ni psicólogo, que debía saber de antemano que, al atacar a personas inteligentes e instruidas que ocupaban los más altos cargos, corría grandes peligros. Siempre les desenmascaraba, e incluso en público,

delante de la multitud, descubría sus defectos diciéndoles: «*¡Ay de vosotros que cerráis a los hombres el Reino de los Cielos! No sólo no entraréis vosotros en él, sino que impedís a los demás que lo hagan...*». Les reprochaba también que buscasen los mejores sitios en los festines y que robasen los bienes de las viudas en las sinagogas, etc.

Si Jesús hubiese sido más prudente con los fariseos y los saduceos, sin duda éstos no le habrían hecho tanto daño. Pero los provocaba. Sí, verdaderamente, en este punto hay que ser honestos: Jesús les provocaba sin cesar. Entonces, ¿cómo queréis que los otros aceptasen semejante situación? No podían hacerlo. Se merecían, desde luego, todos los reproches, pero Jesús hubiera podido acusarles un poco menos. Diréis: «¿y por qué lo hizo?» Para que las Escrituras se realizasen, para que su misión se realizase: estaba escrito. Si no hubiera actuado así con respecto a los fariseos, nunca hubiera sido crucificado y la historia hubiese seguido por otros derroteros; nada de cuanto ocurrió después hubiese sucedido.

He aquí, pues, el trabajo que Jesús tuvo que hacer sobre sí mismo en el momento de morir para poder superarlo todo; y empleó esta fórmula para poder perdonar a sus enemigos. En la tierra, es imposible encontrar a alguien que no experimente ninguna hostilidad o antipatía alguna por alguna persona. Ni los seres más elevados pueden escapar a

algunos pensamientos o sentimientos negativos. Sin embargo, estos seres poseen toda una ciencia precisa, con métodos y fórmulas, gracias a la cual logran vencer y transformar todas sus debilidades; y éste es su mérito. No creáis que nacen llenos de amor, de inteligencia, de sabiduría, y dotados de todas las virtudes; no, deben adquirirlas. El saber, el poder, hay que adquirirlos. Pero sepamos que el hombre viene a la tierra con ciertas cualidades que ya obtuvo en otras encarnaciones; y Jesús vino con unas riquezas y unas virtudes inmensas pero, sin duda, en él aún había una o dos pequeñas debilidades que vencer.

Los cristianos no aceptarán jamás una cosa así, lo sé, porque piensan que esto disminuiría el valor de Jesús. De ninguna manera; al contrario, Jesús es cada vez más grande para mí, a medida de que me apercibo de cómo consiguió vencerlo todo. Incluso venció, fulminó el miedo que se había apoderado de él en el jardín de Getsemaní. ¡Qué batalla! ¡Qué lucha! Este miedo eran fuerzas milenarias que estaban escondidas ahí, en el cuerpo humano; y él las venció. Un sudor de sangre fluía sobre su rostro cuando le rogó a su Padre: *«Padre, si es posible, que esta copa se aleje de mí...»*. Pero, inmediatamente después añadió: *«Sin embargo, que no se haga mi voluntad, sino la tuya»*. Y cuando estaba en la cruz, gritó: *«¿Elohi, Elohi, lama sabachthani?»*, que significa *«Dios mío, Dios mío,*

¿por qué me has abandonado?» Para decir algo así, para sentirse abandonado por Dios; ¡en qué turbación, en qué sufrimiento debía estar..! En realidad Dios no le había abandonado, pero esta sensación de abandono puede ser percibida incluso por los más grandes Iniciados. A continuación, Jesús volvió a encontrar la plenitud y la luz, y murió diciendo: «*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*». No creáis que al decir esto disminuyo la gloria de Jesús. En absoluto. Jesús es grandioso para mí, más grande que para muchos que se dicen muy creyentes pero que, en realidad, no saben todavía quien es Jesús. Para mi Jesús es muy grande, aunque yo diferencie la figura de Jesús de la de Cristo.

El hombre posee dos naturalezas: una naturaleza inferior, a la que he llamado personalidad, y una naturaleza superior, a la que he llamado individualidad. Este conocimiento de las dos naturalezas nos permite comprender los diferentes estados por los que un ser humano puede pasar. En general se confunde todo, y los cristianos dicen: «*Jesús* » o «*Cristo*», sin hacer absolutamente ninguna diferenciación. Jesús era el hombre, el hombre que vivió en Palestina en una época determinada; y Cristo es el principio divino que Jesús recibió en él y que se manifestaba a través suyo. Desgraciadamente, ni siquiera el más grande Iniciado puede manifestar siempre su naturaleza divina. Así, cuando Jesús estaba cansado, era el hombre, la personalidad si

preferís, la que hablaba por él. Y el hombre, también puede guardar rencor, puede tener miedo de la muerte, puede sentirse abandonado por Dios. Si fuese Cristo quien hubiese hablado en este momento, sobre la cruz, ¿cómo El, siendo Dios, se hubiese abandonado a Sí mismo?

A veces Jesús estaba cansado, podía tener hambre, sed, sueño; eso es normal. Pero, cuando Cristo hablaba a través suyo, decía: «*Mi Padre y yo somos uno...*» «*Yo soy el pan descendido del Cielo...*» «*Yo soy la cepa y vosotros los sarmientos...*» «*Yo soy el camino, la verdad y la vida.*» Está claro, ¿verdad? El aspecto humano puede tener, de vez en cuando, lagunas, deficiencias, un ensombrecimiento. Pero cuando el principio divino se manifiesta, cuando el principio divino habla, ya no hay errores ni debilidades. Debemos tener esta llave cuando leamos los Evangelios o cualquier otro libro sagrado, para saber si, en cada momento determinado, es el hombre o la divinidad lo que se manifiesta a través de un ser.

Y para vosotros este principio es idéntico. Es preciso que sepáis que tenéis dos naturalezas, una naturaleza humana y una naturaleza divina, y que no debéis confundirlas. Y precisamente ahí es donde se cometen faltas y se producen errores; en este punto es en el que nos equivocamos con mayor frecuencia. Cuando la voz divina habla para dar buenos consejos, no la creemos y se cometen tonterías. Pero

cuando es la voz de la personalidad la que habla, la escuchamos inmediatamente, ¡y también se cometen tonterías! Hay que saber discernir. Todavía no habéis puesto la atención necesaria en esta cuestión: saber discernir las dos naturalezas, y saber a cuál de ellas escuchar. Esto es muy importante, porque las consecuencias que se derivan de ello son inmensas. Todas las desgracias del hombre provienen de su incapacidad para discernir cuándo es la personalidad y cuándo la individualidad la que trata de influirle. A menudo os he hablado de este tema, y os he insistido en él, pero no prestáis atención, lo dejáis de lado porque pensáis que no es una cuestión demasiado apasionante. Sin embargo, de ella dependen vuestro progreso, vuestro éxito, vuestra felicidad. Saber cuanto sucede en vosotros, de dónde proviene, quién os inspira: no hay nada más importante.*

La primera vez que Jesús habló de su muerte, Pedro le dijo: «*Señor, no, ¡esto no te sucederá!*» Y Jesús respondió: «*¡Atrás Satanás!, tú me pones obstáculos porque tus pensamientos no son los de Dios sino los de los hombres*». Ahí, verdaderamente, vemos que Jesús no sólo distinguió correctamente entre los pensamientos de Dios y los pensamientos de los hombres, entre la individualidad y la personalidad, sino que comprendió que esta ten-

* Ver «Naturaleza humana y naturaleza divina» (Izvor, n. 213).

tación le era enviada por el diablo, puesto que dijo: «*¡Atrás Satanás!*» Esta lucha entre la individualidad y la personalidad se repitió después en el jardín de Getsemaní, y esta vez su personalidad trató de tentarle, no a través de otra persona, sino a través de sí mismo. Y El le dijo también a su personalidad: «¡Cállate!», y al Señor: «*¡Hágase tu voluntad y no la mía!*» Y nada más. Debía sufrir, debía perecer, pero dijo: «*¡Hágase tu voluntad!*» Rechazó a la personalidad y se inclinó ante la Divinidad. Y ahora decidme, ¿os explican las cosas siempre de este modo? Lo más probable es que siempre os digan: «En el jardín de Getsemaní, Jesús empezó a sentir la angustia de la muerte... Cuando fue crucificado, Jesús dijo: «*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*»; pero quién así os hable no ve las verdades iniciáticas que encierran esos momentos de la vida de Jesús; no ven que se trata de procesos psíquicos, de la presencia de fuerzas en él, ni de cómo éstas se enfrentan, ni cual es la participación de la persona misma en esta lucha.

Las palabras que Jesús pronunció en la cruz: «*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*», sólo tienen su explicación en una lucha entre la personalidad y la individualidad; y de esa lucha salió victoriosa la individualidad. ¡No penséis que fue fácil para Jesús perdonar a aquellos que se habían burlado de él, que le habían golpeado, coronado de espinas y crucificado..! Pero él conectó con

su individualidad, con su Padre Celestial, y a través de El, a través de la inmensidad del amor y de la luz de Dios, perdonó a sus enemigos y a sus verdugos. Creedme, únicamente quien ha trabajado durante toda su vida para unirse con la Divinidad, para introducirla en sí mismo, y que ya vive en la Divinidad, puede perdonar como Jesús perdonó.

Y vosotros que estáis en una Escuela iniciática, que habéis tenido ya tantas comunicaciones y experiencias con el mundo divino, debéis consideraros muy privilegiados, muy ricos, y saber utilizar estas riquezas. Si sufrís una injusticia por parte de alguien, debéis deciros: «¡Dios mío, cuan ignorante, pobre y débil es este hombre! Verdaderamente, merece que le compadezca, y hasta que haga algo por él». Y entonces le perdonáis, y todo se transforma; en vez de alimentar el rencor y los deseos de venganza, todo queda borrado inmediatamente. Haced un gesto de generosidad y dad gracias al Señor.

Sin estos conocimientos, encontraréis muchas ocasiones para atormentaros durante toda vuestra vida. Como no podéis destruir a vuestro enemigo, vivís con rencores de los que no os podéis desembarazar, y os envenenáis. Vuestro enemigo, en cambio, está tranquilo: se pasea, come, bebe, duerme, actúa y, mientras, vosotros os destruís. Por tanto, tenéis que lograr perdonar. Y uno no puede perdonar si es estúpido e ignorante. Para perdonar, hay que poseer este saber.

VIII

«SI ALGUIEN TE GOLPEA EN UNA MEJILLA...»

Se dice en los Evangelios: « *Si alguien te golpea en una mejilla, ofrécele también la otra.* » Que los cristianos me perdonen, pero lo que voy a decir supera todo lo que pueden imaginar, y el futuro probará que mi interpretación es verídica, porque ciertos preceptos que eran buenos en el pasado, no pueden ya ser buenos ni eficaces para el presente ni para el futuro.

Las palabras de Jesús no significan que debamos permanecer siempre pasivos ante los insultos y los malos tratos, que siempre tengamos que aceptarlo todo, someternos, soportar y, al final, desaparecer... Quizá hayan sido comprendidas así, pero yo os mostraré que no era esto lo que Jesús quiso decir. Es evidente que si no poseéis la luz, sólo podéis ser pasivos, sumisos y dejaros masacrar. Pero esta moral para gente débil e ignorante no debe durar eternamente. En ninguna parte está escrito que los espiritualistas, los sabios, los Iniciados, los Hijos de Dios, deban seguir estando eternamente

sometidos, esclavizados, golpeados, masacrados, para dejar triunfar siempre a los imbéciles, a los deshonestos, y a los malvados. De momento ocurre así, porque los humanos han perdido su chispa divina, han perdido la fuerza solar, el fuego, el calor, la luz, la vida y, puesto que los han perdido, necesariamente han de ser golpeados y maltratados.

Se ha dicho: « *Vosotros sois la sal de la tierra, y si la sal pierde su sabor, sólo sirve para ser pisoteada.*» Sí, si perdéis vuestro sabor seréis pisoteados por los humanos y tendréis que recuperarlo de nuevo. No se nos exige que debamos siempre ser pisoteados, pero cuando nos alejamos de Dios, perdemos nuestros poderes y, después, quedamos lógicamente a merced de todos los hombres violentos y deshonestos.

En la época en que Jesús habló, los humanos debían desarrollar ciertas virtudes y cualidades en las que hasta entonces no se había insistido: la indulgencia, la clemencia, la misericordia... Porque hasta que Jesús llegó, sólo reinaba la ley de la justicia: ojo por ojo, diente por diente. Por tanto, la nueva moral que trajo Cristo debía animar a los humanos a desarrollar las cualidades del corazón. En vez de responder siempre con medios burdos: piedras, cuchillos, o espadas, debían responder con medios más nobles: humildad, amor, paciencia, grandeza de alma. Este era el sentido de las palabras

de Cristo. Sí, pero lo que dijo Jesús en esa época no debe considerarse como válido eternamente. Se que os sorprenderá que os diga: A partir de ahora, tenéis que mejorar vuestro comportamiento. Cuando sufráis una injusticia, debéis responder con tal inteligencia, con tal fuerza de carácter, con tal saber, con tal luz, con tal calor, que vuestro enemigo quede completamente conmovido, cegado, fulminado, es decir, ¡transformado! No aniquilado, ni exterminado, sino regenerado. De este modo, en lugar de matarlo, lo vivificáis, es decir, lo conducís hacia Dios. Si sois capaces de hacer esto, seréis verdaderos héroes, verdaderos hijos de Dios.

¿Por qué aceptar que siempre os masacren y dejar que los enemigos triunfen? No hay que matar a la gente, no hay que hacerle daño, pero tampoco hay que seguir aceptando la situación de eternos vencidos. Hay que saber defenderse volviéndose como el sol: proyectando una luz tal que, incluso cuando los hombres quieran atacaros con su maldad y su crueldad, queden deslumbrados, cegados. Sí, primero les cegáis y después les abrís los ojos, como Cristo hizo con Saulo en el camino de Damasco cuando éste iba a exterminar a los cristianos: ¡una proyección de luz, y quedó cegado! Y Saulo se convirtió en Pablo. Supongamos que de esta forma lográis paralizar a la gente durante unos minutos, así... y después los ayudáis a recuperarse, ¿creéis acaso que os seguirán combatiendo..? La

nueva moral, ya no es la de seguir siendo débiles, la de estar a merced de la gente violenta y cruel, sino la de llegar a ser como el sol para que ya no puedan ni ensuciaros ni alcanzaros, y que cuando se acerquen, se fundan como la cera con vuestra bondad y luz.

Si los humanos no tienen todavía esta posibilidad luminosa, es porque nunca han pensado en ella. Han abrazado la debilidad, se han refugiado en filosofías estúpidas con el pretexto de que Jesús pidió que pusieran la otra mejilla. Pues bien, podéis poner todas las mejillas que queráis, no servirá de nada, no cambiaréis a vuestros enemigos; éstos seguirán dándoos bofetadas y, al final, os asesinarán. Ahora hay que comprenderlo de manera diferente. La otra mejilla, es el otro lado, el otro lado de vosotros mismos, el lado del espíritu, del poder, de la luz. Jesús mostró el otro lado a sus enemigos, les dijo: «Sois capaces de encarcelar al cuerpo físico, sois capaces de crucificarlo, pero yo os mostraré el otro lado, sublime, indestructible, y reconstruiré mi cuerpo en tres días. ¡Aquí lo tenéis, golpeadlo!» Mostró el otro lado, y toda la tierra se conmovió.

Los cristianos, los espiritualistas, tienen todavía mucho que aprender y comprender y, en vez de dejarse vencer siempre por las fuerzas de las tinieblas, por filosofías materialistas, deben unirse para triunfar. Dicen siempre «Amen, amen», en señal de aceptación... Pues no, deben unirse porque

tienen todas las posibilidades de transformar el mundo, de restablecer el Reino de Dios en la tierra. Ya no es el momento de decir que Jesús nos enseñó a poner la otra mejilla, a ser mártires. En el pasado debió ser así y no podía ser de otra forma porque no estábamos aún desarrollados para responder de manera sublime y divina, pero ahora ya no.

Ahora, hay que encontrar las posibilidades de mostrar el poder del espíritu a través de su saber, de su amor, de sus gestos, de su comportamiento. Y esta es la verdadera fuerza. ¿Por qué seguir siendo débiles, enfermizos, cobardes? ¿Para mostrarse cristianos? Pues bien, ¡si este es el ideal de la cristiandad, yo soy el primero en afirmar que nunca será extirpado el mal de la tierra con estos seres débiles e ignorantes! Hay que ser fuertes, poderosos, dinámicos, activos, impetuosos... hasta violentos, pero, evidentemente, no en el plano físico. El cristianismo mal comprendido no aporta nada. El verdadero cristianismo implica estar armado, pero armado con otras armas, claro, para mostrar cuando os ataquen, este otro lado del que hablaba Jesús. Este otro lado, es un lado armado, no es un lado enclenque e impotente. Pero nunca se ha explicado lo que es este «otro lado».

Lo que no fue bien comprendido en el pasado, será ahora entendido y aclarado; y se añadirán, incluso, otras nuevas verdades, porque nada está

estancado, todo se mueve, todo evoluciona. Y, por otra parte, Jesús lo mostró: dio una nueva moral, una moral que iba más lejos que la de Moisés. En varias ocasiones, en los Evangelios, repite: «*Se dijo... pero yo os digo...*» Por ejemplo: «*Se dijo: No matarás, y el que matara será reo de juicio. Pero yo os digo: cualquiera que monta en cólera contra su hermano, será reo de juicio.*» Y también: «*Se dijo: no cometerás adulterio. Pero yo os digo: cualquiera que mire con deseo a una mujer, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón.*».. «*Se dijo: no cometerás perjurio, sino que cumplirás los juramentos hechos al Señor. Pero yo os digo que no juréis.*».. «Se dijo: *amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen, a fin de que seáis los hijos de vuestro Padre que está en los cielos.*»

Veis, pues, que la moral que trajo Jesús ya no fue la moral dada por Moisés. Y ahora, ¿por qué no dar una nueva moral, todavía mejor? Los cristianos se escandalizarán porque no quieren nada nuevo después de Jesús. Según ellos, ya no se puede añadir nada más. Y supongamos que el mismo Cristo viene a añadir nuevas nociones, porque todo evoluciona... ¿acaso los cristianos podrán impedírselo? Los retrógrados, aquellos que se han cristalizado, quedarán atrás. Nosotros estamos a favor de la evolución, de algo todavía más grande, de la nueva

vida, de la nueva religión que será propagada por el mundo, de la verdadera religión de Cristo que todavía no ha podido ser realizada.

Mientras los hombres eran seres primitivos ¿qué podían comprender? Primero había que enseñarles la justicia. Y Moisés fue enviado para enseñarles la justicia. Después, el Cielo envió a Jesús para traer el amor, el perdón. Sí, pero no debemos detenernos ahí; existe aún un grado superior porque sólo perdonar no resuelve el problema. Si viene, por ejemplo, alguien a golpearos, ¿está, acaso, prohibido ser más fuerte que él, cogerle por una pierna, elevarlo y decirle: «¿Y bien, quieres que te arroje contra el suelo?» Pero no lo arrojáis, sino que lo volvéis a colocar suavemente sobre el suelo. ¿Acaso no es esto mejor?

¿Qué clase de cristianismo es ese en el que debemos soportar siempre ser golpeados y masacrados? No, tenéis que ser más fuertes que vuestro enemigo. Con un gesto, con una mirada, con una vibración divina, debéis hacerle sentir vuestra superioridad. Entonces se sentirá tan pequeño, que os dirá: «Te lo ruego, no me mates. Y contestaréis: ¡Ah, bueno! ¿Has comprendido?» Entonces le dejáis y saldrá corriendo. ¿Acaso no es esto mejor? Sí, mucho mejor, pero todavía no tenéis el deseo de hacerlo. Y yo quiero daros precisamente esta ambición. ¿Cuándo la realizaréis?, esto ya es otra cuestión. Pero, por lo menos, tened este deseo,

porque no seréis útiles en el mundo si permanecéis siempre pasivos, conciliadores, si sois débiles, vulnerables, opacos.

En el futuro ya no habrán mártires. Los mártires dieron lo que debían, cumplieron su misión. Por otra parte, si sufrieron el martirio, fue ante todo, para liquidar más rápidamente sus deudas, sus transgresiones del pasado. Pero, una vez libres, ¿acaso debían seguir siendo mártires? No. Y en el futuro, algunos seres serán tan fuertes que neutralizarán a distancia a las personas mal intencionadas que se acerquen a ellas para perjudicarles. Diréis: «Pero Vd. va muy lejos, demasiado lejos...» Sí, claro, ya es hora de llevar a los hombres muy lejos porque actualmente están en un callejón sin salida.

Si lo que os digo, no os cabe en la cabeza, podéis muy bien no seguirlo y quedaros ahí donde estáis; todo esto será entonces para otros más heroicos que desean ser fuertes, poderosos, instruidos, y no quieren dejarse arrastrar por las tinieblas. Estos, cuando son asaltados, luchan, no se dejan devorar completamente pensando que deben soportarlo todo porque ésta es la «voluntad de Dios». Porque, entonces, las tinieblas se alegran y dicen: «¡Oh, estos cristianos, qué apetitosos y tiernos están! ¡Con ellos, verdaderamente, hay con qué disfrutar!» ¡Y he ahí cómo se preparan los cristianos para alimentar a los espíritus tenebrosos! Se diría que sólo pien-

san en esto. Bueno, bueno, que los alimenten, ¡yo no tengo nada que oponer si tanto les gusta! Pero un verdadero cristiano, cuando las tinieblas se acercan, proyecta luz, se defiende. Y esta luz expulsa a las tinieblas. ¡Esto es un verdadero cristiano!

Algunos dirán: «Pero no hay que luchar; está escrito que no debemos luchar contra el mal.» Claro que no debéis luchar contra el mal en su terreno, porque allí es muy poderoso, y seréis vencidos. Pero id más arriba, por encima de él y, desde allí, lanzadle fuego, proyectiles... y veréis cómo huirá. El hombre posee dentro de sí mismo una fortaleza con cañones, con metralletas que escupen fuego en el terreno de la luz. Entonces, ¿quién os impide, pues, dirigir todos estos artefactos contra vuestros enemigos, y proyectar luz? No les matáis, no les hacéis daño, pero les transformáis expulsando los elementos nocivos de su pensamiento y de su corazón. Tenéis derecho a hacerlo... Pero no, dicen que hay que mostrarse cristiano, es decir, que hay que dejarse martirizar, porque, según parece, no hay que responder a las ofensas. Pero yo solamente os digo que debéis responder de otra manera. Y en esto consiste «poner la otra mejilla».

¿Por qué tendríais que matar a un enemigo que viene a mataros? Paralizadle, cegadle, adormecedle, no le deis la posibilidad de molestaros. Existen pequeñas obras, comedias en las que se ve a una persona malintencionada que se prepara para dañar a

una familia; pero, he ahí que llega un amigo de la familia y que lo lía de tal manera, con palabras, con pequeñas preguntas, que esa persona queda completamente atada, paralizada. Sí, porque el amigo fue más inteligente. Tenéis, pues, que defenderos de quien os ataca; pero no con los mismos medios que él, sino con otros medios que son formidables pero a los que la gente no recurre nunca porque no cree en su eficacia, o ni siquiera sospecha de su existencia.

La cristiandad irá eternamente a la deriva mientras no comprenda cómo hay que trabajar con los medios divinos. Y, por otra parte, el hecho de que no de ningún valor al sol en la vida espiritual es una prueba de que todavía no ha encontrado los medios suficientes para vencer al mal. Os daré un ejemplo de ello. Jesús no sólo dijo que pusiéramos la otra mejilla, sino que pidió también amar a los enemigos. Es difícil. Si ni siquiera es seguro que siempre amamos a nuestros amigos, ¿cómo vamos a amar, pues, a nuestros enemigos? Os lo aseguro, analizaos y lo veréis, se trata de algo muy difícil; y uno se pregunta de dónde pudo sacar Jesús esta ley moral... ¡Pues del sol! Porque, lo améis o no, el sol os envía su luz y su calor. Veis, el sol es el único que ha resuelto este problema; ama incluso a los malvados, a los criminales; les ilumina, les calienta, les vivifica.

Dejando aparte la importancia que tiene el sol

en el universo, sólo en este terreno de la moral, ¡es tan inmenso, tan sublime! Si buscáis entre los humanos un modelo de este amor ilimitado, quizá lo encontréis, pero muy raramente, ni siquiera entre los seres más evolucionados. Si queréis conocer la verdadera moral, solo la encontraréis en el sol. Los hombres sermonean, pero no consiguen cumplir lo que dicen. El sol, en cambio, no dice nada, pero realiza. No dice: «Os amo. Amo a mis enemigos.» No dice nada, pero sigue amando al mundo entero. El sol puede mostrarnos cómo descubrir y respetar todas las leyes de la moral cósmica.

Ahora, os contaré una historia. Erase una vez un joven muy inteligente, muy sensato, pero no demasiado fuerte físicamente. Era maestro. Un día se encontraba en la plaza del pueblo, con otros jóvenes, y había allí un mozo muy forzudo, pero un poco tontainas, que no estaba de acuerdo con lo que él decía, y se pusieron a discutir... Al final, cuando el mozo vio que el maestro le superaba con la inteligencia de sus argumentos, se encolerizó y le dio dos bofetadas, y el maestro se desplomó. Todos los demás muchachos, claro está, se pusieron a reír y aplaudieron al vencedor porque era un forzudo ¡y la fuerza es algo que cuenta!

El pobre maestro regresó a su casa muy triste y sintiéndose desgraciado porque todos los demás se reían y se burlaban de él. Y al llegar a su casa

¿qué vio? ¡La vaca había parido! Un ternero muy bonito... Se inclinó para acariciarlo, y después lo levantó entre sus brazos y olvidó con ello su pena. Al día siguiente y los sucesivos, se dedicó a acariciar al pequeño ternero y a levantarlo...

Así siguió durante mucho tiempo, varios meses; el ternero se convirtió ya en un buey y el maestro seguía levantándolo. Un día, cuando se dio cuenta de lo mucho que había mejorado su musculatura, se fue a pasear, allí abajo, por la plaza del pueblo. El mozo estaba allí presumiendo ante sus amigotes. El maestro se acercó y le dijo: «¿Me reconoces? - ¡Claro que te reconozco, contestó el mozo, eres aquel que recibió la paliza!» Pero el maestro, inclinándose, le cogió por la pantorrilla y lo levantó en alto diciéndole: «Reza, voy a lanzarte contra el suelo, y no quedará ni rastro de ti. - ¡Ah! ¡perdóname, grito el mozo, no me mates, siento haberte abofeteado..! Bueno, bueno, si es así...», replicó el maestro y volvió a dejarlo en el suelo suavemente. El mozo se fue entonces corriendo, mientras todos los chicos aplaudían con alegría. Y el maestro volvió a su casa contento, orgulloso, vencedor. Veis, pues, nunca hay que dejarse vencer, pisotear o aplastar porque esto no mejora a la gente que continúa abusando de vuestras fuerzas. Cuando sois muy dulces y amables, la gente se dice: «Perfecto, es débil, vamos a aprovecharnos de él. »

El Señor les pide a sus servidores fuerza, inteli-

gencia, luz, poder... Así pues, si queréis vencer las dificultades, los obstáculos, los enemigos, debéis ejercitaros: encontrad un ternero, en algún lugar de vuestra cabeza, y levantadlo cada día, así os volveréis tan fuertes, luminosos y poderosos que después podréis ir a levantar a vuestros enemigos diciendo: «Reza, si no, ¡no quedará ni rastro de ti!» Con esta actitud de no matar ni herir a vuestro ofensor, nada se os reprochará. Esta es la verdadera moral: no hay que matar a los hombres, hay que ayudarles; y de esta forma se vuelven prudentes, razonables, atentos. Les dais una lección magistral.

No hay que esconderse tras la debilidad, la debilidad nunca os salvará, ni tampoco la tontería ni la pereza. Debéis meditar, buscar, ejercitaros y, cuando seáis tan luminosos y calurosos como el sol... entonces, ¿quién podrá acercarse a tocar el sol sin quemarse? Todo el mundo se mantendrá a distancia, y no osará ya aproximarse porque sentirá que sois ardientes, que sois fuego y llamas, simbólicamente hablando. Ante el poder espiritual, siempre nos vemos obligados a capitular.

Me diréis: «Sí, pero cuando un enemigo ve que ponemos la otra mejilla, se rebaja y pide perdón...» ¡Qué va! No se arrepiente en absoluto, continúa con mayor ahínco. Por eso hay que seguir, simplemente, el ejemplo de este maestro que cada día levantaba el ternero. Es un ejemplo ideal, único. Os ejercitáis noche y día, durante años y, después, os

dirigís hacia vuestros enemigos, y les decís: « ¿Qué? ¿me reconoces? Vas a ver.» Y ante vuestra fuerza, vuestra luz, se dan cuenta de que mientras ellos se dormían en los laureles, vosotros os convertíais en seres formidables...

Hay dos formas de manifestarse (o incluso tres, cuatro, cinco o diez; no vale la pena enumerarlas), pero, para simplificar, digamos que hay dos formas: la bondad y el poder, y hay que saber utilizarlas. A menudo, cuando os sentís tristes, desanimados, angustiados, es debido a que los espíritus indeseables os acosan, como si fuesen moscas, avispas, mosquitos, serpientes... ¿Debéis acaso manifestar entonces la bondad, dejándoles que os invadan y os saqueen? ¡No! Es el momento de mostrar vuestro poder, vuestra fuerza, vuestra luz, con palabras, con gestos, y así les daréis una buena lección. Podéis hacerlo cada día. ¿Por qué continuar sufriendo y llorando? Manifestad el otro lado, la fuerza, la voluntad, es decir, expulsadles, no guardéis dentro de vosotros pensamientos y sentimientos que os angustian, que os matan.

¿Está claro ahora? Esto contradice un poco vuestras ideas tradicionales, ¿verdad? Pero, no importa, mientas sea útil y eficaz... Hay que tomar todo lo mejor en vez de arrastrar eternamente puntos de vista y actitudes ineficaces. De momento, es lógico que os escandalicéis, pero, más tarde, os

veréis obligados a aceptar esta nueva concepción de querer ser más fuertes, aún más fuertes, siempre más fuertes, sin matar, sin destruir, sin eliminar, pero fuertes, formidablemente fuertes: ¡gracias a la luz!

Así pues, también vosotros debéis ejercitaros. El ejercicio es la solución. Cuando estalle la guerra y haya que luchar contra las fuerzas de las tinieblas ¿estaréis preparados? En primer lugar, tratad de vencer a los pequeños enemigos interiores, no les dejéis actuar a su antojo diciendo: «Nosotros somos cristianos, no debemos luchar.» Dios mío, ¡qué cristianos tan extraños! Pero los verdaderos cristianos, son caballeros, combatientes, son el ejército de Cristo, y deben estar bien armados.

Por otra parte, también fue Jesús quien dijo: «*No he venido a traer la paz, sino la espada.*» Jesús quería, pues, la violencia, sí, pero qué violencia; esto es lo que hay que comprender. Declaró la guerra a las tinieblas, a todo lo que es oscuro y malo, con la fuerza formidable de la luz, del amor, de la sabiduría. Y el sol ¿qué hace? No hay un ser más violento que el sol. Calienta sin pedir vuestra opinión, y os veis obligados a desnudaros; con su luz, con su calor, obliga también al crecimiento de las simientes en toda la tierra. El sol es el ser más violento; a pesar vuestro, ilumina y expulsa las tinieblas, calienta; y la muerte no tiene sitio ante el sol, porque éste lo vivifica todo. ¡Es formidable la violencia del sol!

Sí, por eso habría mucho que decir sobre la no-violencia tal como la enseñó Gandhi. Claro que fue magnífica en una cierta época, en unas determinadas condiciones históricas para que la India pudiera liberarse de los ingleses. Pero, como norma, la no-violencia es peligrosa para un país. Si éste es el único que la practica, corre el riesgo de ser engullido por los demás.

La no-violencia sólo es una solución ideal si la humanidad entera decide abrazar esta filosofía; de lo contrario, siempre habrá algunos vecinos egoístas y crueles que se apresurarán a aniquilar a los pobres desgraciados que no quieren defenderse. La no-violencia es una filosofía que es buena para aquél que quiere domar a su naturaleza inferior, sacrificarse y evolucionar así más rápidamente, pero no puede resolver el problema de la guerra en el mundo. Un pueblo que decida no defenderse será rápidamente aniquilado, económica y físicamente.

Es necesario, pues, que esta filosofía de la no-violencia se vuelva colectiva, mundial, universal, que se extienda a toda la humanidad, que no sea privativa de algunos idealistas. Sí, mientras no sea colectiva, nada cambiará. ¡Cuántos han habido que quisieron dar ejemplo de nobleza y fueron asesinados... y no por ello ha cambiado la humanidad. Es pues necesario que estas ideas se difundan en todos los países. Una actitud puede ser buena cuando es colectiva, y peligrosa cuando solo es individual...

Aunque, en realidad, incluso cuando es solamente una actitud individual, es positiva, de todos modos, porque los santos, los mártires, todos aquellos que se sacrificaron, vuelven a la tierra con cualidades y dones formidables, gracias a los cuales influyen sobre los demás en el camino del bien. Sin embargo, esta cuestión de la no-violencia debe ser tratada a escala mundial, sino, nunca será verdaderamente resuelta.

IX

«VELAD Y ORAD»

I

Cuando las entidades maléficas quieren haceros daños, intentan arrastraros a que cometáis un error porque teniendo esta debilidad les dais derecho a atormentaros. Si os resistís a ellas, si no cometéis errores, no tendrán ningún poder para introducirse en vosotros. Por eso el Diablo sólo tiene el poder que le dais al abrirle la puerta para dejar que entre en vosotros. No os fuerza, sólo os hace sugerencias; sois vosotros los que decís sí. Aceptáis alimentar en vosotros ciertos pensamientos, ciertos sentimientos, y en este momento preciso es cuando el Diablo, o las fuerzas negativas, encuentran una puerta abierta.

Si el Diablo es tan poderoso, es porque los humanos no se dan cuenta de que la mayoría de las cosas que se presentan ante ellos bajo una forma seductora, esconden trampas. Trátese de seducir a un hombre o a una mujer, -a quien después se dejará plantado- o de eliminar a un rival, o de apoderarse de lo que pertenece a los demás, os presentan en primer lugar, unas perspectivas magníficas.

Por eso, es un error mostrar al Diablo de una forma repugnante, con cuernos, con pies hendidos, precipitando a los desgraciados humanos a las calderas del Infierno, etc. No, el Diablo es muy bello, muy seductor, está muy bien vestido, y lo encontramos en todos los lugares donde hay placeres que saborear, honores o dinero que acaparar; le invitan, incluso, en los salones de té, porque tiene los modales más estudiados y elegantes... Evidentemente los humanos, quienes no imaginan que se trata del Diablo, se dejan seducir, y es como si abriesen una brecha en su fortaleza, y ya no pueden escapar a sus enemigos. Hay que aprender, pues, a discernir la naturaleza de las sugerencias que se nos presentan por medio de los espíritus del mal. Ellos están ahí, siempre, cuchicheándonos un montón de promesas seductoras para convencernos; y, si nos dejamos convencer, logran destrozarnos.

¡Cuántos se quejan de tener angustias, de ser atormentados, acosados! No saben que estos estados negativos son consecuencia de ciertos errores que cometieron antes, hace más o menos tiempo. Son estos errores los que dieron a las fuerzas hostiles la posibilidad de introducirse en ellos y de causar estragos. Por eso, antes de iniciar cualquier cosa, preguntaos si actuáis de acuerdo con las reglas divinas, examinad lo que podéis perder o ganar, ved si seréis más libres o si por el contrario, estaréis más atados. Después de haber reflexionado actuad, aunque pre-

viendo siempre todas las consecuencias y sabiendo, ante todo, que corréis el peligro de abrir la puerta a las fuerzas negativas. Jesús dijo: *« ¡ Velad y orad ! »* Si os acostumbráis a ser siempre conscientes, a estar vigilantes, o a conectar con el Cielo, seréis protegidos: las fuerzas malvadas os amenazarán y gesticularán a vuestro alrededor, pero no podrán entrar.

¡ Cuántos trastornos que los médicos no se explican y que ellos tratan de curar con la química o la cirugía son, en realidad, obra de las fuerzas negativas que los seres han atraído hacia ellos sin saberlo desde hace mucho tiempo ! Con su forma de vivir, de pensar, de sentir o de actuar, les han abierto las puertas. Yo bien sé que este tema no será ni aceptado ni comprendido. ¿ Cómo podrían, en pleno siglo veinte, admitir las lumbreras científicas y médicas la idea de que las entidades del plano astral procuran filtrarse en los humanos para atormentarles, para alimentarse a sus expensas y para disgregarles ? En su opinión, ello es debido a elementos químicos que perturban el buen funcionamiento de su psiquismo. Es cierto, se trata de elementos químicos, pero lo que no sabe la ciencia es que estos elementos químicos son la consecuencia de la presencia de espíritus maléficos atraídos por el hombre mismo. Estas entidades pululan en el mundo astral y si los humanos, con sus debilidades y sus transgresiones les abren la puerta, ellos entran y producen esos trastornos.

Estos hechos están muy bien explicados en todos los libros sagrados, y los clarividentes los han constatado. Pero como la mayoría de los humanos no ha desarrollado ninguna de estas facultades espirituales que permiten conocer el mundo invisible, ellos han cimentado una filosofía basada únicamente en las observaciones de los cinco sentidos, y las conclusiones de esta filosofía son forzosamente erróneas. Ya que los virus, los bacilos, que son criaturas vivas, son invisibles, excepto si los miramos a través del microscopio, ¿por qué no admitir también la existencia de otras criaturas que los microscopios todavía no pueden detectar por no estar suficientemente perfeccionados? En cualquier caso, los estragos que producen esas criaturas son tan visibles como los producidos por los virus; eso no se puede negar. Sin duda, un día la ciencia logrará crear aparatos que permitan detectar la presencia de estos indeseables. Pero mientras, es preferible admitir su existencia y, sobre todo, aprender a protegerse de ellos llevando una vida inteligente y sensata.

Por otra parte, si los sabios tuvieran un poco más en consideración a la literatura, en vez de ver en ella solamente creaciones de la imaginación, se habrían planteado preguntas sobre casos psicológicos en los que es evidente que se trata de personas perseguidas por indeseables. La novela de Maupassant «El Horla», por ejemplo, cuenta una historia que se parece mucho a la misma historia

personal de Maupassant, que acabó su vida en un manicomio, sintiéndose presa de toda clase de entidades maléficas.

En esta novela, Maupassant describe cómo una entidad, a la que él llama el Horla, viene durante su sueño a posarse sobre su pecho y a apretarle la garganta para estrangularlo; y después, apoya su boca en la suya para chupar su vida como una sanguijuela. Una mañana, al despertarse, descubre que el agua con la que había llenado una garrafa antes de acostarse, ha sido bebida en su totalidad. Piensa que quizá sea sonámbulo y que por tanto es él mismo quién se ha levantado para beberla. Pero quiere estar seguro y hace la siguiente experiencia: envuelve dos garrafas, una de agua y otra de leche, con una ropa, y tras taparlas, las ata y después se acuesta. Cuando se despierta, unas horas después, la ropa continua envolviendo las botellas, los tapones siguen en su sitio, ¡pero el agua y la leche han sido bebidas!

Poco a poco se da cuenta de que ya ni siquiera su voluntad le pertenece: quiere levantarse de su sillón y el Horla se lo impide, quiere tomar el tren de París, pero en vez de dar la orden a su cochero para que le conduzca a la estación, oye a su propia voz gritar que quiere volver a su casa. Finalmente, una noche ya no percibe su propio reflejo en el espejo, porque el indeseable, cuya presencia, no obstante, es extremadamente tenue, se ha interpuesto

entre su reflejo y él. Entonces busca el medio de matarle y acaba por prender fuego a la casa. Lo que no es, evidentemente, un medio eficaz, porque no podemos desembarazarnos de estas entidades con medios físicos.

Maupassant no es el único que ha contado este género de experiencias ya que, no hay que engañarse, el espacio está poblado de miles de millones de entidades maléficas, que han jurado aniquilar a la humanidad. Por suerte, también está poblado por miles de millones de entidades luminosas que están ahí para ayudarla y protegerla. Pero su ayuda y protección nunca serán absolutamente eficaces si el hombre mismo no hace nada para ir por el buen camino. Y tampoco ningún Maestro ni ninguna entidad es capaz de protegeros si os obstináis en llevar una vida poco razonable. Os instruyen, os iluminan, tratan incluso de influiros con sus pensamientos y sus sentimientos, pero si vosotros destruís toda su labor con vuestros descuidos y vuestra estupidez, ¿qué pueden hacer ellos?

Las mejores protecciones contra los indeseables son la pureza y la luz interior. Entonces los indeseables ya no tienen nada a que agarrarse, puesto que en vosotros ya no hay alimento para ellos, ya que no soportan la luz; y os abandonan. Por eso, desde hace años, ¡cuántos métodos os habré dado para purificaros y rodearos de luz, de colores, para formar una barrera infranqueable contra las entidades

maléficas! Con sus vibraciones intensas, la luz aleja y disgrega estas entidades. Por eso hay que trabajar verdaderamente con la luz y, mediante la meditación y la oración, hacerla entrar en vuestra casa, para que ésta sea protegida. Y cuando digo la luz, en realidad hablo de entidades benéficas; una vez estas entidades se hayan instalado en vuestra casa, impedirán que las demás penetren en ella. Y esto sirve también para vosotros mismos: debéis rodearos de luz.

Ello no quiere decir que una vez obtenida un aura poderosa, una fortaleza de luz, ya no seréis nunca molestados o asaltados. Desgraciadamente, mientras estemos en la tierra nunca estaremos verdaderamente a salvo de los asaltos y de las batallas. Pero de todas formas, si nos atrincheramos bien con la luz, todo es diferente. Sabed que incluso los Iniciados se ven obligados a protegerse. Sí, hasta los más fuertes, los más poderosos, deben establecer sin cesar, entre ellos y los espíritus del mal que vienen a asaltarles, barreras de luz, círculos de llamas. ¡Y los débiles e ignorantes imaginan que no necesitan ninguna protección! Ahora es el momento de comprender la importancia, la gravedad de todo lo que os explico, porque, de lo contrario, estaríais a merced de todas las corrientes. Así pues, de ahora en adelante pensad todos los días en rodearos con un círculo de luz.

Algunos dirán: «Pero para protegernos pode-

mos utilizar los talismanes». La gente cree mucho en el poder de los talismanes; yo también creo en él, incluso más que los demás; pero mi creencia es completamente diferente. Yo creo en el poder protector de un talismán si se trabaja física y psíquicamente en armonía con lo que éste representa, con lo que contiene en tanto que poderes y virtudes; porque, entonces, ese talismán se refuerza, se alimenta. Al contrario, si lo usáis sin hacer nada que esté de acuerdo con sus propiedades, al poco tiempo ya no actúa e incluso se muere.

Un talismán sólo es verdaderamente poderoso si lo alimentáis con vuestra propia vida. Si este talismán está impregnado de pureza, para que siga siendo eficaz debéis vivir una vida pura; si está impregnado de luz, debéis rodearos de luz; si está impregnado de fuerza, debéis ejercitaros para que la fuerza sea alimentada, etc. Y lo mismo sucede con el aura. Si os contentáis con rodearos de luz gracias al pensamiento, sin vivir vosotros mismos una vida luminosa, esa concentración no será muy eficaz, porque lo que creáis por un lado, lo destruís por el otro. Es igual que en esos cuentos en los que los espíritus malignos destruyen durante la noche todo el trabajo que el joven príncipe o el bello caballero ha realizado durante el día. No olvidéis nunca que, en cualquier caso, el único medio de trabajar eficazmente, es mejorar vuestra manera de vivir.

II

Vuestro destino está inscrito por entero en la vida que hoy lleváis, en la dirección que hoy deis a vuestros pensamientos y a vuestros sentimientos, en las actividades en las que hoy empleáis vuestras energías. Porque según lo atentos y vigilantes que estéis, despejáis el terreno para el futuro; o, al contrario, lo encerráis con toda clase de elementos inútiles, o incluso nocivos, que impiden vuestra correcta evolución.

Toda la jornada de ayer debió serviros para preparar la de hoy. Este es el secreto; varias veces, a lo largo del día, deteneos y deciros: «Veamos, ¿cómo estoy empleando mis energías? ¿En qué dirección las proyecto?» Así demostráis, por fin, un poco de sabiduría, un poco de sentido de la economía. Sólo de esta manera podréis afrontar el día de mañana en mejores condiciones.

La clave, la gran clave, consiste en estar siempre vigilantes, despiertos, incluso cuando durmáis. Sí,

despiertos. ¿Por qué se dice: «Velad y orad»? Ni siquiera los espiritualistas han comprendido la importancia de este precepto. ¿Por qué estar vigilantes? ¡Es tan fatigoso! Y por el contrario, ¡es tan maravilloso dormir, dejarse llevar por la pereza física y mental! Por eso, a pesar de que el universo está expuesto ante ellos, a pesar de las estrellas y del sol, a pesar de todos los libros y de todos los grandes Maestros que están ahí para instruirles, los humanos no avanzan. Porque duermen, duermen continuamente. Debéis, pues, estar atentos y decir: «Cuidado, es necesario que me prepare para mañana, cuidando de no sobrecargarme con toda clase de materias pesadas. Sea para la comida, como para los pensamientos y los sentimientos, voy a escoger los elementos más sutiles y los más luminosos para construir mi cerebro, mi corazón, mis pulmones. Así estaré siempre despierto, dispuesto, dinámico... ¡dinámico, incluso durante el sueño!»

Sí, porque hay sueños y sueños. Hay sueños que son pesados, que son como la nada, y hay otros en los que el cerebro es de tal nitidez, de tal lucidez, que durante estos sueños es cuando el hombre realiza el mejor trabajo, cuando recibe las mejores instrucciones. Eso no quiere decir que, en lugar de leer o de meditar, debáis dormir. No, porque este sueño no será nítido si previamente no habéis sido activos, enérgicos, y no habéis estado despiertos. Cuando hayáis empezado a aprender a

estar despiertos, entonces, aunque llegue el sueño, incluso durmiendo, estaréis despiertos; en el otro mundo oímos, comprendemos y actuamos.

No perdáis nunca de vista este aspecto de la vigilancia. Sí, debemos estar vigilantes para preparar el día de mañana. Alguien podrá decir: «pero eso contradice las palabras de Jesús. En los Evangelios, en varias ocasiones, Jesús aconseja que no nos inquietemos por el mañana.» Pues bien, os equivocáis: no hay contradicción. Cuando Jesús decía que no debíamos pensar en el mañana, era porque veía a los humanos preocupados siempre por el futuro: siempre se preguntan si tendrán de qué comer, dónde alojarse, si no les va a faltar el dinero, etc. Y se muestran tan absorbidos por todos estos problemas que descuidan las cosas más importantes: abusan de su salud, zarandean a la gente y a las cosas, transgreden las leyes del amor y de la justicia, y ya no tienen ninguna preocupación espiritual. Así, cada día dejan cuestiones mal resueltas, dejan pendientes faltas que deberían reparar y que no reparan, y todo eso va acumulándose, llegando el día en que se encuentran sumergidos, aplastados.

Por eso Jesús aconsejó no pensar en el mañana, porque si cada día veláis para que en vuestros comportamientos todo esté a punto, el mañana estará completamente despejado, estaréis libres para emprender lo que deseéis y estaréis siempre vigilan-

tes para que nada se quede sin resolver. De esta manera, cada nuevo día os encontrará dispuestos, preparados para respirar, para estudiar, para alegraros, para cantar, y toda la vida tomará un color extraordinario de felicidad y de bendición. Así es cómo hay que comprenderlo. Cuando veláis para que hoy quede todo resuelto, pensáis indirectamente en el mañana.

No penséis, pues, en el mañana, pensad en hoy. Si hoy todo está arreglado, también lo estará mañana; es algo automático. Y como todo se conserva, una vez hayáis vivido una jornada espléndida, una jornada de vida eterna, ésta queda grabada, no muere, permanece viva, y trata de arrastrar tras ella a toda las demás jornadas para que se le parezcan. Procurad vivir bien cuanto menos una sola jornada, porque ésta influirá en las demás les hablará y convencerá para que sean como ella, equilibradas, ordenadas y armoniosas. Como todavía no habéis estudiado el aspecto mágico de esta cuestión, decís: «pero una jornada... ¿qué importancia tiene? He vivido en el desorden, pero mañana la cosa irá mejor». Sí, irá mejor si os esforzáis inmediatamente para restablecer el orden. Si no, sucede como en ciertos juegos de las ferias: se le da a un bote o a un bolo con una pelota y ésta arrastra a todos los demás objetos en su caída.

Hace años venía a la Fraternidad una persona verdaderamente especial; lo tenía todo para ser feliz,

no le faltaba nada y, por encima de todo, tenía la luz de la Enseñanza. Pero estaba siempre sombría, preocupada. Un buen día, quise conocer la causa de esta tristeza y le hice algunas preguntas, ¡y he aquí de lo que me enteré! De que se sentía siempre inquieta por el futuro ya que... ¡podían ocurrirle tantas cosas!, accidentes, enfermedades, la ruina, la miseria... De este modo, envenenaba su existencia imaginando todo lo malo que podía reservarle el futuro. Yo le dije: «Su actitud no puede arreglar nada, bien al contrario. Es cierto que nunca sabemos lo que nos reserva el futuro pero la mejor forma de evitar las desgracias que usted tanto teme es procurar vivir razonablemente en el presente. Yo, en vez de inquietarme siempre por el futuro y de hacer de mi presente un infierno, procuro pensar sólo en el presente tratando de que éste sea el mejor posible y construyo, de este modo, un buen futuro».

No podemos construir nuestro futuro con un mal presente, porque ambos, presente y futuro, no están separados. Si vuestro presente es oscuro y estúpido, no creáis que vuestro futuro será iluminado. Se trata del mismo caso que si quisiérais edificar un palacio de mármol sobre unos fundamentos de arcilla; se desplomaría. Desgraciadamente, así es como actúan todos estos «constructores»... no de catedrales, sino de futuro. No saben que no se edifica un futuro sólido sobre un presente carcomido. Por tanto, si habéis vivido una mala jornada,

tratad cuanto menos de neutralizar sus efectos antes de acostaros, teniendo los mejores pensamientos y tomando las mejores decisiones para el día siguiente. Entonces estos pensamientos, como si fuesen abejas, lo limpiarán y lo repararán todo durante la noche.

Habéis venido a esta Enseñanza para dar un nuevo punto de partida a vuestra existencia. Si no es así, seguiréis viviendo en el desorden y sufriréis acusando por ello al mundo entero —e incluso al Señor— de ser los responsables de vuestras desgracias, de no reconocer el valor de un ser que era como vosotros, tan justo, tan honesto, tan noble, que merece que el Cielo y la tierra se pongan a sus pies para satisfacer todos sus caprichos... Ya es hora de desembarazarse de todas estas existencias sin fundamento, y de empezar a trabajar para vivir una vida nueva. Ello no es tarea fácil, lo sé, porque el viejo pasado está ahí, tenaz. Al igual que el futuro está ligado al presente, el presente lo está al pasado, con la diferencia de que nosotros tenemos todos los poderes capaces de cambiar el futuro, pero no podemos cambiar nada del presente, porque es una consecuencia del pasado.

« *Velad y orad* »... Velar significa, es evidente, no dormir, pero no dormir en el plano espiritual. Debemos estar siempre despiertos y en vigilia en nuestros pensamientos, para darnos cuenta de que existen corrientes, elementos impuros, nocivos y así

evitarlos. Aquel que no está vigilante, que no vela, se expone a los mayores peligros. No hay nada peor que vivir con los ojos cerrados. Hay que mantener los ojos abiertos para poder darse cuenta, en cualquier momento, de lo que sucede dentro de uno mismo, de cuáles son las corrientes, los estados de conciencia, los sentimientos, los pensamientos que nos asaltan. Sólo aquel que mantiene los ojos abiertos posee la inteligencia de la vida interior y no se deja maniatar por cualquier fuerza, por cualquier entidad. ¡Es tan evidente que cualquiera puede atacar por sorpresa a un hombre dormido! Por tanto, hay que velar.

Y ahora «orar»; ¿qué significa orar? Tras haber velado, es decir, de haber echado un vistazo dentro de vosotros mismos para ver lo que sucede, debéis intervenir, mezclaros directamente en los procesos para suprimir un elemento, añadir otro, en suma, haceros dueños de la situación para impedir que los enemigos os invadan y os saqueen. Esto es orar, que equivale a aportar un remedio, una mejora; y, para conseguirlo, el mejor método es conectar con el Cielo. El cerebro humano es como un aparato de radio o de televisión: capta ciertas emisoras, ciertas longitudes de onda. En vuestro transistor, dando vueltas con el botón de sintonización, podéis escoger vuestra emisión: música, informaciones... Pues bien, interiormente, sucede lo mismo: si por error tocáis ciertos botones, escucha-

reis una música infernal, oiréis jaleos y discusiones. Por tanto, ¡cambiad de longitud de onda! Con el pensamiento, con la imaginación, accionad un botón; es muy fácil y de inmediato oiréis las emisiones del Cielo.

Orar no es otra cosa que accionar el botón de las longitudes de onda más cortas y más rápidas, las que os ponen en contacto con el Señor: así cambiáis también los movimientos y las vibraciones en vuestro interior. Orar es desencadenar en vosotros mismos un movimiento positivo, luminoso, divino.

De todo lo que los Iniciados han enseñado a los hombres, no hay nada que esté por encima de la oración; ya que cualquiera puede orar, hasta el hombre más simple, el más ignorante, todos pueden orar. Observad a un niño: con toda la inocencia de su corazón grita: «¡Mamá!», y este grito es una oración que la madre atiende. Vosotros también, como los niños, pedid con el mismo candor, con la misma inocencia, con la misma pureza y seréis atendidos. En cuanto comenzáis a orar, un ejército de seres invisibles se acerca, se percibe el estremecimiento de las alas angélicas y las entidades tenebrosas –que pretendían haceros daño– se apresuran a desaparecer, porque saben que serán atormentadas, quemadas, fulminadas. Sólo tienen miedo de una cosa: de la luz. Es por ello que la primera reacción que debéis tener en una hora difí-

cil o peligrosa, es la de uniros al Creador y aumentar en vosotros la luz: entonces, todos los seres inferiores que os amenazan quedan neutralizados o son expulsados.

Algunos aducirán que rezan pero que no obtienen resultados. He ahí un medio muy sencillo y muy eficaz: en el momento en que queráis rezar, cread una imagen, la de una multitud de espíritus dispersos por el mundo entero y que, allí donde estén, se hallan concentrados en el Creador. Unid vuestro pensamiento con el de estos seres para rezar con ellos. Puesto que solicitáis algo al Cielo, al unísono con todos estos seres luminosos, vuestra voz no está ya aislada en el desierto de la vida. Una plegaría como ésta es oída siempre a causa de esa misma colectividad que la integra; por tanto, os beneficiáis de ella. Ahora vuestra plegaria no alcanza su objetivo porque actuáis solos. El secreto radica en conectar con todos aquellos que rezan, puesto que, en cualquier momento, en algún lugar del mundo, hay seres rezando.

INDICE

I	«Padre nuestro, que estás en los Cielos...»	9
II	«Mi padre y yo somos uno»	41
III	«Sed perfectos como vuestro padre celestial es perfecto»	53
IV	«Buscad el Reino de Dios y su Justicia»	79
V	«Así en la tierra como en el Cielo»	97
VI	«El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna»	119
VII	«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»	127
VIII	«Si alguien te golpea en una mejilla..»	143
IX	«Velad y orad»	163

Si desea informarse sobre la Asociación, dirigirse a:
ASOCIACIÓN PROSVETA
C/ Ausiàs March nº 23 - ático 1ª
08010 BARCELONA
Tel. 93 412 31 85
Fax 93 318 89 01
E-mail: aprosveta@prosveta.es
www.prosveta.es